

JOSÉ REVUELTA



LOS
MOTIVOS
DE CAÍN

OBRAS
COMPLETAS

5



José Revueltas
Obras Completas

Los motivos
5
de Caín



Ediciones Era

José Revueltas

Los motivos
de Cain

Edición original: 1957 [Fondo de Cultura Popular]

Obras Completas de José Revueltas

Primera edición: 1979

Segunda edición: 1982

Tercera edición: 1984

ISBN: 968-411-016-2

ISBN: 968-411-005-7

DR © 1979, Ediciones Era, S. A.

Avena 102, 09810 México, D. F.

Impreso y hecho en México

Printed and Made in Mexico



NOTA PREVIA DEL AUTOR

Precisamente yo hubiera querido denominar a toda mi obra *Los días terrenales*. A excepción tal vez de los cuentos, toda mi novelística se podría agrupar bajo el denominativo común de *Los días terrenales*, con sus diferentes nombres: *El luto humano*, *Los muros de agua*, etcétera. Y tal vez a la postre eso vaya a ser lo que resulte, en cuanto la obra esté terminada o la dé yo por cancelada y decida ya no volver a escribir novela o me muera y ya no pueda escribirla. Es prematuro hablar de eso, pero mi inclinación sería ésa y esto le recomendaría a la persona que de casualidad esté recopilando mi obra, que la recopile bajo el nombre de *Los días terrenales*.

(José Revueltas: entre lúcidos y atormentados, entrevista por Margarita García Flores, *Diorama de la Cultura, Excélsior*, 16 de abril de 1972.)

A Jack no lo volví a ver jamás.

J. R.

NOTA PREVIA DEL AUTOR

Precisamente lo conocí en Tijuana. Tenía el mismo aire de haberlo perdido todo y de estar al otro lado de cualquier límite, con un terror lleno de sobresaltos ante la idea de que alguien lo descubriera bajo su disfraz de ser humano.

Había desertado de la guerra de Corea. Era Jack, pero se negaba a decir una palabra de todo aquello que le había ocurrido. A nadie debe importarle su nombre verdadero y yo mismo nunca lo supe, pero era Jack.

Acababa de salir del infierno y, sin embargo, aún no podía salir. Esto finalmente —la búsqueda de una salida— lo resolvió a decirme poco a poco las cosas, lento, con esfuerzo, con dolor. Nada sensacional ni tampoco para una novela: cosas que se han visto simples y triviales en un mundo que parece acostumbrarse cada vez más a la locura.

A Jack no lo volví a ver jamás.

J. R.

Precisamente lo conocí en Tijuana. Tenía el mismo aire de haberse perdido todo y de estar al otro lado de cualquier límite, con un terror lleno de sobresaltos ante la idea de que alguien lo descubriera bajo su disfraz de ser humano.

Había desertado de la guerra de Corea. Era Jack, pero se negaba a decir una palabra de todo aquello que le había ocurrido. A nadie debe importarle su nombre verdadero y yo mismo nunca lo supe, pero era Jack.

Acababa de salir del infierno y, sin embargo, aún no podía salir. Esto finalmente —la búsqueda de una salida— lo resolvió a decirme poco a poco las cosas, lento, con esfuerzo, con dolor. Nada especial ni tampoco para una novela; cosas que se han visto simples y triviales en un mundo que parece acostumbrarse cada vez más a la locura.

A Jack no le volví a ver jamás.

J. R.

“10. Y él dijo: ¿qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra . . .”

“12. Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fuerza: errante y extranjero serás en la tierra.

“13. Y dijo Caín a Jehová: grande es mi iniquidad para ser perdonada.

“14. He aquí que me echas hoy de la faz de la tierra, y de tu presencia me esconderé; y seré errante y extranjero en la tierra; y sucederá que cualquiera que me hallare, me matará.”

Génesis

“Las manos”, pensó. Era preciso no ponerlas en la bolsa; nadie las llevaba así, ninguno de ellos se las llevaba en la bolsa. Las puso pero al mismo tiempo se dijo que tenía que hacer lo contrario y volvió a guardarlas y sacarlas, totalmente, algunas veces.

Un dulce vértigo atravesaba hacia girar su cabeza en círculos que se iban estrechando hasta hacerle cerrar los párpados, sin la menor voluntad de seguir.

“Debe ser el sueño —pensó— debe ser que todavía no estoy tan despierto.” Hizo un esfuerzo y

La luz del sol terminó por adueñarse de la atmósfera entera dejándose caer hasta el último de los rincones. Era lo que Jack esperaba e inevitablemente se echó a caminar a través de las calles de Tijuana; las manos, sin saber qué hacer con ellas, dentro de los bolsillos del pantalón.

Hombres, niños, mujeres, objetos, anuncios, salieron de todas partes en derredor de Jack, tocándolo, envolviéndolo en su red sustantiva, a cada momento más vivos y más reales.

Jack experimentó unos deseos enormes de gritar y para no hacerlo se detuvo con las espaldas apoyadas en el muro de una casa, jadeante, fatigado, la expresión llena de asombro. Tenía un miedo muy preciso, concreto.

“Las manos”, pensó. Era preciso no tenerlas en la bolsa; nadie las llevaba así, ninguno de estos seres reales llevaba las manos en la bolsa. Las sacó pero al mismo tiempo se dijo que tenía que hacer lo contrario y volvió a guardarlas y sacarlas, tontamente, algunas veces.

Un dulce vértigo atroz hacía girar su cerebro en círculos que se iban estrechando hasta hacerlo cerrar los párpados, sin la menor voluntad de seguir.

“Debe ser el sueño —pensó—, debe ser que todavía no estoy bien despierto.” Hizo un esfuerzo y

sus ojos se abrieron nuevamente. Echó a caminar otra vez.

A su lado advertía las fachadas de las casas, sin ninguna característica notable, de madera unas y otras de ladrillo rojo, con letreros en lo alto de sus puertas y grandes reclamos en las azoteas.

Los colores venían a su encuentro para desaparecer en seguida, mediante un esguince imperceptible, a través de un ángulo de sus ojos. Verdes, azules, anaranjados, con letras, con la sonrisa seductora de alguna muchacha o sus muslos incitantes, con modelos de los automóviles más recientes o cajetillas de cigarros, en una sucesión interminable y carente de sentido.

Éste debía ser el distrito comercial de Tijuana, se dijo Jack. Una ciudad desconocida del todo para él. Tiendas, farmacias, cantinas, al estilo del Far West, que daban la impresión de no tener nada por detrás, en efecto como los escenarios de una película del oeste.

De pronto Jack sintió que estaba, sin duda alguna, dentro de un mundo absolutamente espantoso. Bien, era preciso explicarse: un mundo normal, tranquilo, lógico, el mundo de todos los días, el mundo de las amas de casa, de los joviales empleados de comercio, de los vendedores de legumbres, nada que pudiera llamar la atención de nadie, cada cosa en su sitio dentro del orden establecido, pero un mundo horrible y aterrador.

Un mundo donde todos eran cómplices de algo y donde el menor acto, el más insignificante y menudo de los movimientos y acciones, estaba destinado a disimular la verdadera y pavorosa condición de cada uno. Todo lo que hacían era una mentira al servicio de alguna maquinación incomprensible en la que participaba hasta el transeúnte más inofen-

sivo, una maquinación de la que nadie pretendía saber nada, pero de la cual todos eran una especie de concupiscentes y secretos inversionistas, aun cuando intentaran absolverse entre sí con una turbia mirada de complacencia que iluminaba bajamente su rostro.

Ante los ojos de Jack aquello cobró un aspecto alucinante, y las palabras "distrito comercial" adquirieron una significación poco a poco siniestra y amenazadora. "Debe ser el sueño", volvió a repetirse. Cuatro noches sin dormir, después de haber cruzado subrepticamente la frontera, debían tener su efecto.

Pero no; estaba seguro de que no era el sueño. Había en las gentes un aire sospechoso, una actitud furtiva y escurridiza, como si trataran de darle a todo un doble sentido, una intención oculta, pero evidentemente muy diáfana entre ellas. Estos hombres, estos negociantes, debían ser miembros de una sociedad secreta que les garantizaba la impunidad respecto a ciertas maniobras sucias en las que habrían participado, pues todos se comportaban con naturalidad, sin miedo, haciendo alarde entre sí de esa confianza insolente y desconsiderada de quienes ya se han puesto previamente de acuerdo con un malicioso guiño de ojos.

Jack tenía la impresión de haber penetrado en un lugar prohibido, un garito o un fumadero de opio, donde nadie se había dado cuenta de que era un extraño y por eso lo miraban con el disimulo perspicaz y levemente cínico con el que se considera a un iniciado. Pero esto tal vez no pudiera durar mucho si alguien entraba en sospechas y le reclamaba, exigiéndole decir el santo y seña que le habrían permitido colarse hasta el interior de este *sancta sanctorum* infernal. Jack hubiera deseado escapar,

pero ya estaba ahí, dentro de la ratonera, indefenso y solitario.

Ahora un transeúnte venía hacia él, en línea recta, mirándolo a los ojos con un brillo melifluo y acariciante. A cada momento estaba más cerca, sin que por ello desapareciera de sus labios una sonrisa equívoca y familiar, en la que se advertía la satisfacción de tener a Jack entre los suyos, al mismo tiempo que el deseo de tranquilizarlo respecto a que, si ambos eran partícipes del mismo misterio, si ambos eran socios de la misma francmasonería, aquello no resultaba censurable en forma alguna.

Jack se estremeció. El hombre iba a deslizarse en sus oídos la contraseña secreta, y Jack no sabría qué contestar, ajeno como era a esa conspiración inasible, sin contornos ni dimensiones, donde estaba metido. Se detuvo a esperar, aparentando indiferencia, pese a que sus ojos no podían separarse del transeúnte. Pero de pronto, ya a muy corta distancia de Jack, el hombre sacudió la cabeza con un movimiento brusco, como si se acordara de algo que vendría pensando pero sin relación en absoluto con Jack.

Con un inmenso suspiro de alivio, Jack lo sintió pasar de largo y perderse a sus espaldas. No obstante tenía la frente bañada en sudor y sus piernas temblaban. Quiso reír pero se contuvo, asustado ante el peligro de que lo miraran hacerlo a solas, sin motivo alguno, y que entonces se suscitara en derredor de su persona una curiosidad maligna y cruel en que todo el mundo lo rodearía, mirándolo con aire descarado y recriminatorio, hasta que en verdad lo hicieran correr como un loco, a la desesperada, poseído de terror.

Hizo un impulso para continuar su camino —después de que, inclinándose hacia sus pies, fingía atar-

se los cordones de un zapato—, como si tratara de hacer ver que su empeño más poderoso, en ese instante, era el de cruzar la calle en diagonal, antes de la esquina, en dirección del edificio de un banco, en la acera de enfrente, pero un estupor increíble paralizó todos sus músculos.

Del propio banco al que pensaba dirigirse, alguien venía hacia él con una sonrisa idéntica a la del hombre anterior y la misma mirada vivaz, fija sobre sus ojos, igual que si lo reconociera y tratase, asimismo, de darse a conocer pero no de una manera abierta y franca, sino con una especie de disimulo hipócrita, conforme a determinadas reglas tácitamente convenidas.

Ése no era un sueño, Jack no estaba dormido. La persona era la misma de antes, espantosamente la misma, y también pareció darle una especie de bienvenida, a lo lejos, a base de ciertos signos inaparentes, con la seguridad absoluta de que Jack no sería sino otro de sus cofrades.

“¿Por qué la misma persona?”, pensó Jack febril, con angustia. Miró en la dirección por donde había desaparecido el primer hombre. Ahí estaba el transeúnte, ante un cartel pegado a la pared, en la esquina de la calle, con la actitud absorta de quien está muy interesado en lo que lee, pero vigilando a Jack con el rabillo del ojo, la expresión burlona y llena de malicia.

Por su parte la otra persona, la que se había desprendido del banco, se encontraba ya a media calle, esperando, para cruzar, que pasara por frente de ella un automóvil que venía en esos momentos. Su rostro era idéntico al del primer hombre, igual, como si fueran dos hermanos gemelos. Por unos instantes lo ocultó el paso del vehículo, y Jack tuvo la idea de que desaparecería después de aquello, pero no; el

hombre se encaminó derechamente hacia Jack, sin dejar de mirarlo ni de dirigirle aquella sonrisita afectuosa e íntima. Ahora no cabía duda de que el hombre iba a abordarlo, se dijo Jack; ahora no se vislumbraba ninguna escapatoria. Jack esperó pero más bien con cierta curiosidad desfalleciente.

El hombre llegó hasta él, se detuvo unos segundos, negó con la cabeza, atónito, como con desconcierto al salir de sus propias reflexiones, y siguió luego su camino sin hablarle, desechándolo en su mente igual que a un objeto en el que jamás se le hubiera ocurrido pensar.

Jack adivinaba que la piel de su propio rostro había palidecido a un extremo alarmante. Se sentía mal.

—¿Qué le pasa? —oyó una voz. Se volvió maquinalmente intentando sonreír. El que había preguntado era un cargador que aguardaba clientela apoyado en el poste cercano.

El primer impulso de Jack fue lanzarse contra él y cubrirlo de golpes. ¡Era el mismo, el mismo hombre que se presentaba por tercera vez ante sus ojos!

Jack se volvió de espaldas, aturdido, y echó a caminar unos pasos como pudo, vacilante, procurando dominar sus deseos de caer de rodillas y soltarse a llorar.

¿En dónde estaba?, se preguntó. Si había desertado, si había escapado, era para volver al mundo, para vivir de nuevo, para reincorporarse a la vida de los hombres. Pero, ¿qué era esto? ¿Este sería el mundo y éstos serían los hombres? ¿Ya jamás podría recuperarlos?

No era tarea fácil. Jack miró hacia adelante con la seguridad plena de que aquel rostro se repetiría una y mil veces, en cada uno de los demás transeúntes con quienes tropezara. Miró con la seguridad

inconmovible y desolada de que los hombres no tenían sino ese solo y único rostro, aquí y en cualquier parte, en todas las latitudes de la inmensa y dolorida tierra, y que con ese rostro amado enmascaraban la secreta complicidad que los unía en el crimen concreto, no dicho por nadie, no confesado jamás, que todos habían cometido, y del que sentían la triste necesidad de encubrirse los unos a los otros, con su apacible y fraternal cinismo.

Jack pareció vacilar sobre sus pies, preguntándose hasta qué extremo llegaría su resistencia. Precisamente no pertenecía, precisamente si alguien le pidiese la contraseña sería descubierto en seguida como un impostor, sin nada con qué legitimar su existencia, sin ningún testimonio verdadero que justificara su razón de vivir.

“Por fuerza debe haber una salida —se dijo—; es imposible que no la haya.”

Se había vuelto a detener y ahora estaba inmóvil, como bajo el efecto de una torturante apraxia. Pensó entre brumas que lo más importante era dar la impresión de seguridad, la impresión de que podía moverse, de que su cuerpo era algo viviente y hasta con deseos. Luego, no despertar la sospecha de que él era una cosa distinta, un hombre solo entre los hombres, sino alguien que estaba entre ellos, un sacerdote, un asesino, un juez, un tratante de blancas, un santo, un ladrón, un profeta, no diferente a ninguno de éstos, no diferente a nadie.

Era preciso conducirse como si formara una parte lógica y simple del extraordinario mecanismo que lo envolvía, este sistema exterior de seres y cosas tan natural, donde todos ejecutaban sus movimientos ancestrales, asombrosamente inconscientes de ello, sin horrorizarse: caminar, mirar y quién sabe cuántas otras cosas que a él parecían estarle

de tal modo vedadas.

Jack amaba la vida, quería vivirla nuevamente, impregnarse de ella otra vez, del modo que fuese y donde fuese. Pero esto no constituía todo, sin embargo. Quedaba algo superior al hecho mismo de vivir, algo profundo, simple y grandioso, que incluso justificaría el dejar de vivir.

“Algo —se dijo Jack—, ¿pero qué?”

No lo sabía.

La inmensa Calle Mayor de Tijuana hervía de gente hasta desembocar en los parapetos blancos y las rectangulares oficinas de la línea fronteriza con Estados Unidos. Ahí comenzaba una limpieza helada y rigurosa, de asépticos oficiales con uniformes crujientes de almidón, que venían a pasar las noches en Tijuana cargados de preservativos que luego arrojaban a la calle, después de usarlos, a través de las portezuelas de sus coches, dentro de los que fornicaban con las prostitutas. Una limpieza de paredes impolutas, bellas porciones geoméricamente verdes de pasto inglés, aire desinfectado y aun las rejas de alambre, con pintura nueva todo el tiempo a lo largo de kilómetros y más kilómetros, destinadas a separar a los dos países con el rotundo orgullo de su higiénica desemejanza.

De este lado, la Calle Mayor de Tijuana era un canal maloliente, viscoso, con sus casas de un solo piso, y el éxodo continuo de una multitud que no se dirigía a ninguna parte, moviéndose dentro de aquella atmósfera activa y llena de sudor, mientras de los cabarés, a plena luz del día, brotaba con sordina, con un suave deslizarse, la música de las orquestas.

Una multitud de seres existentes y definitivos, ins-

talados dentro de su respectiva piel con un amor y un desenfado increíbles: vendedores de adormecida y codiciosa mirada; soldados ebrios, con goce de licencia, que miraban sin ver, los ojos perdidos dentro de las órbitas; un homicida que acabaría de dar muerte a su mujer y ahora miraba con aire melancólico a través de un escaparate; las prostitutas matutinas con el estupor de la borrachera en el rostro y los atormentados vestidos de falsa seda, marchitos y colgantes, como si alguien los hubiera asesinado la noche anterior sobre sus propios cuerpos; el banquero local que hablaba por teléfono con solapada excitación, concertando la cita con su amante para esa misma mañana, fiel a su práctica de engañar a la esposa únicamente a la hora en que están abiertos los bancos y él debiera encontrarse tras del escritorio de la gerencia; los apostadores de carreras, agrupados en las esquinas con aire conspirativo, la mirada recelosa, mientras marcaban con una cruz el nombre de algún caballo en las columnas de su manoseado *Racing Form*; los muchachos del *Salvation Army*, con sus uniformes de paño azul, que ofrecían la caja de colectas a la caridad de los transeúntes, el brazo rígido, bisbiseando algo inaudible, como jóvenes Mercurios sin alas, inmóviles y morenos, a los que sólo les estuviera permitido mover los labios sin emitir sonido alguno.

Jack los envidiaba con una nostalgia punzante y amarga. A todos. A las prostitutas.

“Ellos viven, sueñan, comercian, copulan; yo estoy fuera, extraño, tal vez sin rostro, tal vez sin labios, sin voz y nada tiene que ver el hecho de que yo hable el mismo idioma y que también sea mexicano —bien, mexicano por ascendencia, ya que había tenido la maldita suerte de nacer en Carolina del Sur—, pero de cualquier modo un ser ajeno que

ha roto su relación con los seres y las cosas y ahora ya no sabe nada, nada, respecto a los demás ni respecto a sí mismo.”

Sintió que otra vez lo asaltaba la sensación de vértigo y tuvo que apoyar un hombro sobre el antepecho de una ventana próxima, los ojos cerrados. Los envidiaba, sí. Desde lo más espeso de su alma.

“Un ser que huye, un hombre que huye, ésa es la cuestión”, pensó. Pero que huye hasta el fondo, para siempre, fugitivo, desertor. No; no eran estas palabras, ni aun otras peores, aquello que lo separaba de sus semejantes.

Era algo más, algo más. Siempre algo más.

Alguien tiraba de su brazo con una insistencia terca y apremiante. Jack experimentó una suerte de descanso y laxitud. Venían a prenderlo; ahí estaba ya, sin duda, el de la *Military Police*, y Jack adivinaba la cara jubilosa que tendría el hombre por haberlo capturado, la rotunda expresión risueña que tendría. Quiso retrasar un segundo ese letargo apacible en que de pronto se encontraba, pero seguían tirando de su brazo de un modo tan específico, tan claro, que por fin abrió los ojos con desesperanza y vergüenza, en espera de encontrarse ahí con el sabueso y sus inmundos insultos en inglés.

Jack se sorprendió mucho, incrédulo, sin comprender. No era el de la *Military Police* quien tiraba de su brazo, sino una chiquilla, una muchachita como de doce años que, entre sollozos, señalaba el elote sucio que Jack le habría tirado en el fango de la calle al apoyarse contra la ventana. Diablos, estas menudas tonterías.

¿Qué querría la chiquilla? Asustado Jack se apresuró a recoger el elote del suelo y comenzó a limpiarlo con la manga del saco. Aquella chiquilla, Dios mío. Sin darse cuenta, la muchachita lo mez-

claba de pronto a la vida, lo ponía en contacto con todo lo que estaba en su derredor, lo hacía un ser viviente y posible. Para aquella niña Jack era *algo*, un hombre o quién sabe qué, pero de todos modos un protagonista tangible, un ser capaz de haberle tirado el elote al suelo.

Jack le tendió el elote, ya limpio, con una sonrisa de agradecimiento. La muchachita se revolvió, furiosa, mirándolo con odio. Jack no comprendía, simplemente no comprendía.

—¡Quiero uno nuevo, quiero otro, ése no sirve—reclamaba la niña, amenazante, como si hubiera adivinado de pronto el total desvalimiento en que Jack se encontraba—. Si no me compras otro—añadió la muchacha—, llamo a la policía y ya verás lo que te hacen, porque tú eres malo.

Jack la miraba con un aire de súplica ansiosa y desamparada. “¿También de ti debo huir? —se dijo con desaliento—. ¿También de ti aunque seas una criatura inocente?”

La niña buscaba en su derredor, la actitud resuelta. Sus padres o lo que fuesen debían andar vigilantes por ahí. Para fortuna de Jack éste advirtió, a unos cuantos pasos, al vendedor de elotes que en ese momento doblaba la esquina hacia ellos, con su aparato de metal, un recipiente sobre ruedas a través de los intersticios de cuya tapa salía un vaporcito tenue.

Bueno, los últimos noventa centavos, pues el elote costaba cinco, pero en “oro”, es decir, al tipo del dólar de acuerdo con las transacciones mercantiles de Tijuana. Los últimos noventa centavos.

La niña miró astutamente a Jack mientras pagaba. En sus ojos resplandecía una chispa triunfante y aviesa en tanto que, de soslayo, miraba hacia el primer elote que Jack había vuelto a tirar al suelo.

—¡Toma, aquí tienes! —dijo Jack, tendiéndole el elote recién comprado, que la chiquilla le arrebató de las manos en seguida, como con temor de que Jack se arrepintiera.

Ya que se hubo apoderado de éste, la muchacha, con un desdeñoso movimiento de hombros hacia Jack, se inclinó para recoger el otro elote, sucio, que empezó a comerse desde luego, a grandes dentelladas, sin cuidarse de limpiarlo siquiera.

Jack la veía hacer, asombrado y solitario. La muchacha se le encaró, con rabia, interpretando aquella mirada como un reproche.

—¿Qué me miras? —dijo con una entonación despreciativa y osada, ya no como una niña, sino en la actitud de una mujer adulta.

El vendedor contemplaba la escena con inquietud, la expresión llena de desconfianza y sospechas. Algo debió ocurrírsele a la niña al advertir esto, pues en su rostro se dibujó una especie de contracción maligna y apresurada, como bajo el impulso de un repentino ardid.

—¡Déjame! —gritó de pronto hacia Jack—. ¡No quiero!

Los ojos de la chiquilla, alarmados y suplicantes, volvíanse al vendedor en actitud de ponerlo como testigo de algo monstruoso.

Jack no acertaba a comprender, inmóvil, fascinado, mirando a la niña como a un maravilloso, espléndido portento de maldad. Aquello era una revelación incomparable. La chiquilla se había dado cuenta de que Jack era un hombre con miedo, que Jack era el último de los hombres, el más inerme e infeliz.

—¡Déjame! —volvió a gritar ella con un gesto atroz—. ¡No me vas a obligar a nada por tus malditos elotes! ¡Te los devuelvo! ¡Vete! ¡Socorro! ¡No

quiero! —En el semblante extraviado de la muchacha se retrataba algo extraordinario y único, lo más parecido a una desesperación y terror verdaderos.

—¿Qué es lo que no quieres? —dijo Jack con un desaliento enorme. No se había movido de su sitio y tampoco estaba seguro de poder hacerlo, entontecido por la congoja, como bajo el peso de un cansancio de siglos.

El vendedor, blanco como el papel, se colocó frente a la niña, protegiéndola con su cuerpo, los ojos muy abiertos y acusadores.

—¡Hijo de la chingada, sátiro! —barbotó trémulo, horroroso, con una desorbitada, escalofriante santidad en los ojos enloquecidos—. ¡Lárgate antes de que llame a los gendarmes, pocamadre, vicioso desgraciado!

Jack se alejó de ahí sin saber cómo, mientras a sus espaldas continuaba escuchando las perversas y repugnantes maldiciones del vendedor. “¡Sátiro, vicioso, pocamadre!”

No dejaba de ser grotesco, cómico y vil este último insulto. “Pocamadre”, se repitió Jack. Carecía, sin embargo de fuerzas para comprender nada.

Estaba muy solo para comprender.

La calle lo adormecía del mismo modo que el zumbido en los oídos de una anestesia empalagosa y distante, a través de la cual el mundo exterior era como una imagen inaprehensible que se le escapaba de los dedos, sin que Jack pudiera detenerla ni captar su esencia verdadera. Ésos eran los hombres, los seres humanos —se repetía Jack—, pero al mismo tiempo no eran los hombres, no eran los seres humanos. Una prostituta, un ladrón, un tratante de blancas, son seres humanos, pero lo no humano en ellos es la prostitución, el robo, el tráfico con la mercadería del burdel. Bien; pero también esto último tenía un sentido —prostituirse, robar, traficar—, dentro del cual era posible descubrir un hálito de dolor y de vida que los absolvía.

Pensó que miraba los hechos, las cosas, los hombres, con unos ojos desquiciadamente absolutos, como si lo hiciera por primera y última vez, como quien se despide, o mejor, con la mirada lúcida y terrible de los ojos que tiene el hombre que huye. No sabría responderse si esto era para bien o para mal, pero el solo formularlo lo lastimaba hasta el fondo. Un hombre que huía, eso era todo.

Encontró a su paso una repelente y desagradable mujer, flaca, ventruda, que compraba legumbres en un puesto. Nada más ofensivo que esta fea mujer,

cuya sola presencia despertaba una cólera inexplicable al mirarla ahí, con la canasta pendiente de un brazo escuálido, lechoso, la mirada voraz fija casi de un modo delirante sobre las legumbres.

La mujer seguía con expresión odiosa y ferviente el proceso interior y secreto de la balanza, donde el peso de unas coles y lechugas iba a producir el milagroso detenerse del tiempo, cuando el fiel llegara al punto transitivo en que no se movería ni más allá ni más acá de un inconcebible espacio neutro, una tierra de nadie de la gravitación universal, que ella aguardaba con todo su espíritu en tensión, sin respirar, los ojos diríase depravados a fuerza de la alucinante minucia con la que percibían el irse acumulando de la pesantez, hasta advertir la fracción de segundo en que ésta llegara al convenido límite. La imagen más rotunda de la codicia, del miedo a que se la despojase de un gramo de su sagrada mercancía, sin respirar, mirando fijamente, con sed, como si sus ojos destilaran la peor, la más fina y pérfida de las maldades. Aquello parecía que no iba a terminar nunca, pero por fin el comerciante terminó de pesar las legumbres.

—Está bien, marchante —dijo entonces la mujer con una voz blanca, al darse cuenta de que no la habían robado.

Sin embargo, la sobrehumana tensión de la mujer no cedía, pese a que la sombra de algo que aparentaba ser una sonrisa pareció plegar sus labios de hielo. Ahora sostenía en la mano un rojo jitomate al que sus dedos, obstinadamente reales y precisos, palpaban milímetro a milímetro, con ruindad, para medir la consistencia y madurez del fruto, en una operación larga, microscópica, a la que iba unido ese aire reflexivo y concentrado de quien se empeña en resolver una ecuación. No, no nacía aún en

este mundo alguien capaz de engañarla. Acomodó las lechugas, las coles y el jitomate en el interior de la canasta con una especie de delicadeza insegura, y luego aquellos mismos dedos, lentos e inteligentes, acariciaron voluptuosamente las monedas antes de entregárselas al dueño del puesto.

Al volverse para seguir adelante, la mujer tropezó impensadamente con Jack. Sus ojos sobrenaturales miraban a lo lejos.

—Dispense —dijo con aquella voz blanca que ya se le había oído—. Es que soy ciega.

Un sobrecogimiento viscoso corrió por las venas de Jack, la sensación, lúcida hasta las lágrimas, de lo irreparable, la sensación de aquel que mata a un niño y ya no puede más y no soporta la piedad que lo aplasta. Se hizo a un lado, también él ahora ciego, para dar paso a la mujer.

—Perdone —repitió ella volviendo el rostro, pero no precisamente hacia la dirección exacta donde Jack se encontraba, sino un poquito a un lado, donde no había nadie.

Perdone, perdone, perdone. No, los labios de Jack no se movieron para agradecer esta disculpa que venía del otro mundo.

“Debo explicarme lo que ocurre, dónde estoy, qué es esto”, se dijo Jack. “Ha de haber una salida”, volvió a pensar obsesivamente, aunque mejor hubiera querido renunciar de una vez, tirarse en el suelo, permanecer ahí inmóvil, tirado.

No era el miedo a que lo detuvieran lo que lo hacía mantenerse en pie, sino un impulso extraño que lo empujaba más allá del miedo. “La cuestión es que no puedo otra cosa —razonó—, no puedo otra cosa sino seguir huyendo, aun cuando me pon-

gan preso, seguir huyendo incluso dentro de la propia cárcel.”

El cristal de un escaparate reflejó su figura estrafalaria con aquellos pantaloncitos de mezclilla que le quedaban cortos. No podía ser él precisamente ese cuerpo inmaterial, a través de la pantalla cinematográfica del escaparate, de pie ahí dentro, ese intruso fantasma de vidrio invadido por los sillones, mesas y sofás que la tienda expendedora de muebles mostraba al público. Sin embargo, era él, de todos modos.

Lo curioso era que no hubiera llamado la atención, vestido en tal forma, con ese traje de espantapájaros, el viejo sombrero de fieltro ladeado de cualquier modo sobre la cabeza y el saco roto y grasiento. “Bueno, camarada, tampoco te puedes detener tanto tiempo a contemplarte. ¡Jálale!”, se conminó. Lo cierto es que estaba muy sorprendido de su propio aspecto, esa primera vez que se veía a sí mismo, desde que cambió su uniforme de sargento por los trapos que le regalara Bob Mascorro —al otro lado de la frontera— para desertar.

Tenía toda la apariencia de un hombre diferente, pero aquello no significaba gran cosa; suspiró.

Un hombre y una mujer disputaban en la acera, pero con una especie de quietud casi onírica, lentos, inaparentes, el odio diríase que lleno de suavidad y lejanía.

El hombre era delgado, elástico, de aspecto desagradablemente hermoso y fino, con una ensortijada melena que le caía sobre la nuca, por debajo del sombrero. Había descargado un breve golpe, el aire indiferente, inexpresivo, sobre la mandíbula de la mujerzuela, a su vez una hembra redonda, de piernas gordas y pequeñas, quien, gimoteando, forcejeaba por abrir el cierre del bolso y sacar el dinero

que debía entregar al macho.

Eran magníficos los dos. Subyugaba la naturalidad simple y no buscada de sus actitudes, la desenvoltura y propiedad con que se conducían, en pleno goce del derecho y obligación sacratísimos de pegarse, de humillarse, de escupirse, de vender el cuerpo, de todo lo que harían, sin disimulos, legítimamente dueños de su maldito mundo.

Un grupo de curiosos se detuvo para contemplar la escena. Nadie pareció inquietarse porque el macho golpeará a la mujerzuela y hasta algunos sonreían, inmóviles, llenos de un alegre interés.

La mujer, con un miedo a cada momento más torpe y vivo, hacía inútiles esfuerzos, ya angustiosos, por sacar el dinero del bolso, las largas uñas, de esmalte desportillado, temblando con un ruidito de cucarachas sobre el metal del broche, sin acertar con el mecanismo del cierre.

Jack sintió deseos de aproximarse y ofrecer su ayuda para abrir aquello y que la mujer pudiera entregar el dinero cuanto antes al querido y éste se marchara sin preocupaciones, tranquilo, triunfante, pero le era imposible hacerlo sin corresponderle, imposible desde donde se encontraba, tan lejos de cualquier cosa viva.

La mujer acertó por fin y extrajo del interior del bolso un rollo de billetes, un lápiz para labios y dos o tres cigarrillos sueltos. Sus ojos, concentrados y negros, despidieron un tosco destello de acariciante pavor. El hombre tomó al vuelo los billetes y los hizo desaparecer dentro de su saco con un veloz movimiento profesional, en que no era posible menos que advertir el sello del virtuoso.

Ahora iba a pegarle de nueva cuenta, claro está, del mismo modo que se descarga el matasellos sobre una carta por expedirse, una simple reiteración na-

tural, un acto prodigiosamente volitivo y perfecto, no menos bello que cualquier otro de los que así se consideran de la Antigüedad Clásica, las proezas de algunos dioses o lo que sea.

La pequeña mujerzuela se inclinó sobre el pecho, con cierta gracia, al recibir la segunda bofetada, y una especie de sonrisa equívoca hizo temblar sus labios sangrantes, como si aún pretendiera, ante los curiosos, que no se trataba sino de hacerle el juego al macho y, en fin, divertirse. Pero el macho volvió las espaldas, alejándose —a tiempo que con un extraño pudor furtivo contaba de reojo los billetes—, lo que fue suficiente para que la mujer se derrumbara de pronto, desamparada hasta las raíces, desnudo del todo su repugnante sufrimiento, convertida en un mar de lágrimas de rímel, el carbón de cuyas huellas se extendía por sus mejillas.

Por fin, después de un largo, grotesco sollozar, se inclinó para recoger, en el suelo, el lápiz labial. También los cigarrillos sueltos. Entonces los espectadores, con cierto desencanto, se dispersaron llevándose consigo sus caras de hastío triste, mientras la mujer se dirigía a una cantina al extremo de la calle.

Nada tan concreto como este acontecer, vivo hasta la desesperación, en que los hombres se empapaban de existencia, impregnándose de vida, emporcándose, hermosos y espléndidos.

Jack sintió un nudo que le interceptaba la garganta: aquella vida vil —se dijo—, que con serlo, aun así se le negaba, a él, al prófugo, por eso justamente, por encontrarse en el punto opuesto, con su disfraz de ser humano.

Se sentía perplejo y con miedo, como si lo que llevaba encima, su epidermis, su envoltura, las manos, los ojos, los pies, no fueran, en efecto, sino un

disfraz de ser humano bajo el cual sería descubierto en el instante menos pensado, para que todos se lanzaran tras de él, iracundos y justicieros, las voces roncas y los rostros hermosamente descompuestos por el soplo vindicativo, en un *pogrom* sagrado contra el intruso que osaba reintegrarse al reino.

¿No sería, pensó Jack muy en serio, que estaba realmente muerto sin darse cuenta, y que la muerte no era sino este espantoso tratar de vivir, creyéndose vivo? Aquel guarda fronterizo que disparó en su contra entre los huizaches y las lomas quebradas del desierto . . . , ¿lo habría matado con ese tiro y Jack creyó que no, y fue desde entonces cuando comenzara a soñar este sueño de la muerte, tan parecido a la vida, mientras su cuerpo verdadero habría quedado, allá lejos, para pasto de los zopilotes, y éste que ahora tomaba como suyo, este cuerpo ileso, no era sino un cuerpo ajeno, un disfraz?

Cierto, la muerte era esto que Jack ahora comprobaba: un creer que se vive, y junto a esa quimera, otra: un tratar de vivir que jamás se logra; una *desprotagonización* absoluta, sin que pueda uno aceptar, un solo instante, que ha dejado de ser el protagonista. Porque . . . , ¿quién osará jamás sobre la tierra, a quién le será dada esa conciencia luminosa, sobrenatural y bárbara, esa conciencia cósmica, la conciencia de las conciencias, que le permita decir *estoy muerto*? Huir, huir, ése es el sino de los que mueren.

Desde su deserción Jack no había hecho nada sino escapar, seguir desertando siempre, cada vez de algo distinto e igual, pero siempre un sitio donde no podía quedarse, donde los hombres le prohibían la acción, es decir, le negaban su reconocimiento de ser vivo, pues incluso la mínima acción posible que pudieran ofrecerle desenmascararía de inmediato

—aun sin que ellos se lo propusieran—, revelaría a Jack como a un hombre que ya no era un ser humano, o cuando menos ya no era un ser humano como ellos, sino una entidad desesperadamente no clasificada, distinta, subversiva y criminal.

Pensó, por ejemplo, en la pequeña prostituta a la que el chulo había golpeado. Recordó su boca, destrozada como un pedazo de carne informe, el tacto animal y tonto de sus dedos cuando buscaban en la superficie del piso el inmundo lápiz labial, y en seguida, lo insólito, lo monstruoso y aterrador de que asimismo recogiera los cigarrillos.

¿Por qué los cigarrillos, Dios mío? Si no hubiera recogido los cigarros, lo demás habría estado bien, las lágrimas negras, su dolor de sucia bestia, todo. ¿Pero por qué aquello? ¿Quién la impulsó a realizar ese acto tan desamparado, tan despellejadamente humano, tan desconsolador, de recoger los dos o tres inútiles cigarrillos? En lo demás estaba bien, maravillosa, espléndidamente bien: no era sino la prostituta vil, la mujerzuela degradada que debía desaparecer y hundirse en la cloaca con todo y su alma y su carne infectas. ¿Pero por qué de pronto ese ser solitario y turbiamente angélico? ¿Por qué esa atroz pureza desgarradora y miserable? ¿Por qué los cigarrillos, Dios mío?

“Permíteme que yo también le pegue”, debió haberle suplicado Jack al padrote. “Déjame pegarle a mí también, te lo ruego.”

Imaginó cómo la habría golpeado, con qué terrestre dulzura homicida, el lento puñetazo en pleno rostro, hasta romperle la madre, en medio del odio de todos los presentes, un odio sacrosanto y puro hacia él. Pero no. Nunca hubiera podido pegarle, jamás habría tenido con qué hacerlo, brazos, puños, despojado como estaba, atónito y tan lejos.

Pero tampoco podría besarla, amarla, descender hasta el fondo de su inmaculada ignominia. Tampoco.

“De todos modos debe existir un escape, una salida para convertirse nuevamente en ser humano” se dijo con toda el alma.

Realizaba los dos únicos actos que le era dable realizar sobre la tierra: detenerse, caminar, vuelta a detenerse y otra vez a caminar, en la obscena, la impúdica Calle Mayor de Tijuana, rodeado por la multitud de gringos, de prostitutas, de ebrios, y en seguida ese MP —ahora sí—, ése de la *Military Police* del ejército de Estados Unidos de Norteamérica, con su agresivo brazalete y su cara de perro de presa.

Parecía caminar directamente hacia Jack, los ojos ávidos y precisos, como una locomotora sobre sus rieles, pero al encontrarse lo apartó con un empujón brusco e impersonal, de verdadero *Military Police*. Las espaldas del bruto desaparecieron, en tanto se alejaba, detrás de la súbita corola negra de un paraguas que alguien abrió de pronto.

Comenzaba a llover y vagamente se le ocurrió a Jack que sería preciso intentar lo que fuera, con tal de no quedarse bajo el agua, llamando la atención de cualquier otro MP que acertara a circular por la calle.

Se introdujo en un cabaré, resguardándose tras del biombo que protegía la entrada, para permanecer ahí quieto, entre éste y unos cortinajes de terciopelo al otro lado de los cuales se percibía el rumor sordo y pegajoso de la clientela, voces, ruido de copas, y el tam-tam obsesivo de un contrabajo que dominaba la orquesta.

Pensó con rabia en los noventa centavos del lote. Sin dinero en la bolsa podrían echarlo en cual-

quier momento, pero con aquellos noventa centavos bien pudiera pasárselas en la barra ante un vaso de cerveza que no tocaría durante horas enteras, oculto a los ojos de la MP.

Los de la *Military Police* tenían sin duda alguna todos sus papeles, un expediente completo con sus datos, señales, huellas, fotografías y la ficha infamante: *Ex-sargento Jack Mendoza, desertor del ejército de Estados Unidos de Norteamérica.*

Desertor de una guerra que aún no terminaba, y en la que el gran país norteamericano, ese “hogar de los libres y los bravos”, ofrecía la sangre de sus hijos para salvar al mundo democrático.

“Desertor, desertor”, se dijo Jack. ¿Qué significaba esa palabra? Parece ser que lo más insultante con que se puede calificar a un hombre, según se lo habían enseñado durante toda su vida, según lo escuchaba en la iglesia, según lo decían los libros. Imaginaba el rostro de sus ex-compañeros de Universidad, de saberlo un desertor. Ya lo sabrían, naturalmente. Les daría vergüenza haberle estrechado alguna vez la mano, rojos de ira. Esa juventud rubia, bárbara. Matar a un desertor no era un delito. Era como anotarse un tanto mediante un buen puntapié a favor del equipo de la Universidad en algún encuentro de fútbol. Pensó en aquellos muchachos futbolistas. Pensó en la guerra de Corea. Pensó en Marjorie y Bob Mascorro.

El recuerdo de Bob y Marjorie le dolía hasta los huesos haciéndole sentir una especie de asfixia, un extremo de nostalgia que se le acumulaba en la garganta sin dejarlo respirar. Marjorie con sus ojos gris-azules y aquella nariz fina y perfecta; luego el rostro cuadrado de Bob, sus mandíbulas recias, un rostro muy obrero, con sus ojos café-oscuro, vivos y tiernos bajo las enmarañadas cejas negras.

Los Mascorro le habían proporcionado una ayuda decisiva, inapreciable, en su desertión, y sin el apoyo, el aliento, el ánimo fraternal que ellos le

dieron, difícilmente Jack se encontraría ahora en Tijuana, a salvo o casi a salvo. Por eso los recordaba con una suerte de remordimiento desazonante, a causa de que quizá no se hubiera conducido hacia ellos con una lealtad absoluta al no franqueárseles del todo y no comunicarles las causas íntimas de su desertión, aunque eso, en no importa qué circunstancias, siempre le habría sido imposible confesarlo.

Jack había recurrido a Bob y Marjorie porque sospechaba —pese a que nunca le hubieran confiado nada al respecto— que eran comunistas o simpatizantes de los comunistas, en cuya condición aprobarían sin duda su actitud. Pero sólo la primera parte de su actitud —sin hablar de lo que había ocurrido en el frente—, es decir, aquella que se limitaba a la desertión de una guerra que los Mascorro eran los primeros en condenar; no del mismo modo la segunda, que consistía en que desertaba de una forma absoluta y total, colocándose en equidistante posición así de los comunistas como de los anticomunistas.

Jack pensaba que para él era imposible tener partido —su partido era el de no adoptar ninguno— y por experiencia sabía que, para los con-partido, el que alguien pretendiera no encontrarse en uno o en otro de los bandos tal vez fuese un crimen mayor y más intolerable que la franca y abierta enemistad hacia cualquiera de ellos. Por esta razón Jack se había contenido de seguir más adelante con los Mascorro, reservándose sus argumentos y propósitos, lo cual, sin embargo, lo hacía sentirse mal, incómodo y culpable —se sintió así desde un principio— y como si esta deuda de lealtad pusiera en entredicho la honradez de su procedimiento. No obstante, ¿qué otra cosa podría haber hecho? ¿Correr el riesgo de que Bob y Marjorie no lo comprendieran?

Fue de noche. "Bien; de esto hace tan poco tiempo, dos semanas o más, que parece como si hubieran transcurrido siglos", comentó Jack al recordarlo.

Un furioso aguacero se descargaba, espeso y tenaz, sobre toda la ciudad de Los Ángeles, sobre toda California, sobre toda la Unión o el mundo entero tal vez, pero podría decirse que con especial saña sobre el barrio de El Hoyo y sobre Carmelita Street.

Durante largos instantes Jack golpeó la puerta de los Mascorro, con el puño, sin que nadie contestara. Carmelita Street estaba en las tinieblas más absolutas, probablemente porque la central eléctrica del distrito habría sufrido algún desperfecto a causa del aguacero. Lo único que se oía era el tupido caer del agua sobre el pavimento y el deslizarse, gutural y ronco, de la corriente a través de las alcantarillas.

El silencio era especialmente tangible, físico, como una presencia oculta, a pesar del ruido provocado por la lluvia; ese tipo de silencio habitado, de silencio con ojos, opresivo y en acecho. O tal vez no fuese sino la oscuridad, una mortaja que se ajustaba al cuerpo del mismo modo que las vendas en las momias de los faraones egipcios, ciñendo las piernas, el torso, los brazos, a la medida y sin escape, una piel negra y hermética.

Jack golpeaba cada vez con mayor fuerza pero sin que esto tampoco pudiera alterar el silencio, sin que este ruido pudiera significar algo opuesto al silencio, antes más bien una parte complementaria, un ruido que, por provenir de su voluntad, al no encontrar respuesta, se quedaba dentro de su propia persona, sin referencia alguna de su existir en aquel tiempo y espacio concretos exteriores al propio Jack.

Trató de restablecer en su mente la disposición de la casa. Era un inmueble de madera de un solo

piso, aislado de las demás casas por un pequeño jardín. Una casa pintada de verde, se dijo, pero este dato resultaba completamente tonto. La rodeó poco a poco, ceñido por las tinieblas, y se puso a golpear los postigos frenéticamente. Recordaba que era una casa con un techo de dos aguas, circunstancia también absurda y que no tenía que ver con aquella soledad ni con la estupidez de que los Mascorro no aparecieran por ningún lado. Estaba por último el garaje, un pequeño galpón al fondo del jardín. Jack caminó los veinte pasos que habría entre el cuerpo de la casa y el garaje. La puerta estaba abierta.

Algo lo detuvo, ahí en el fondo, al entrar. Era una sensación paralizante, enrarecida, la sensación clara de un crimen, de algo criminal oculto ahí dentro, junto a las paredes, en el suelo, algo consciente y vivo en la atmósfera entera.

La oscuridad parecía aumentar más a cada momento, hacerse más intensa y hostil. El presentimiento de un crimen abstracto y plural al que de pronto Jack se sintió mezclado sin remedio, como si una acusación colectiva y aplastante hubiera comprometido a todos los hombres sin que ninguno pudiera comprobar su inocencia.

Algo debió haber ocurrido, quién sabe qué cosa abominable y desgraciada, que impregnaba de miedo las tinieblas en un desquiciado sucederse de alguna hora nona sacrílega en la que Dios, enloquecido, en lugar de recibir en su seno al Hijo del Hombre, resucitaba a los malos y los esparcía por el haz de la tierra perseguida y maldita. La turbia conciencia de ser un Caín que ha perdido la memoria, pero que sabe con certeza absoluta que él es el asesino de su hermano aunque ignore cuándo, cómo, dónde, en qué remota edad, o si en este mismo instante, fue cuando cometió el crimen.

Jack sentía esta pesadumbre en el alma sacudiéndolo de terror y de culpa. Pero, ¿en realidad —se preguntaba, y se lo preguntó todo el tiempo, durante y después de su participación en la guerra—, en realidad habría matado? Era muy posible que no. Pero esto no quería decir que no fuese un asesino.

Desde muy lejos, desde los confines más remotos del garaje, Jack percibió de súbito una luz roja, el redondo ojo omnividente de pequeño cíclope de esa luz, en la parte posterior del último de los vagones de un ferrocarril que caminase hacia atrás, aproximándose lenta y firmemente, a cada momento más cercana e inexorable, lejos, enorme distancia en lo profundo de aquella oscuridad sin dimensiones. No; lejos no. Aquí, inmediata, frente a Jack, con un aliento cálido y una voz cavernosa, de graves y recónditos trémolos.

“¿También tú, también tú has visto los signos de Jehová en la noche de los puñales afilados . . . , en la noche del exterminio . . . ?”

La luz del vagón del ferrocarril oscilaba verticalmente a cada palabra: unas veces arriba, otras abajo. Alguien, tras de la luz, la alimentó de algún modo haciéndola irradiar fugazmente con un brillo más intenso. Los labios, la nariz y los pómulos del dueño de la voz se precisaron en las tinieblas durante un segundo, al aspirar del cigarro.

“¿Los signos de Jehová?”, interrogó el hombre de nuevo mientras arrojaba una gran bocanada de humo, después de aquella intensa aspiración.

“¿Hoy, noche de la consumación de los siglos, tú los viste?”

Aspiró nuevamente. Estaba ya tan próximo que Jack pudo mirar su rostro, de gruesos labios y ancha nariz, bajo la encanecida pelambre. Era un negro. ¡Por Cristo!, si era el reverendo Lutero Smith, el

pastor loco de la feligresía negra y mexicana de los adventistas, que desde que perdió el juicio, años atrás, deambulaba por todo el barrio mexicano pidiendo limosna. ¿Entonces era posible que no se hubiese muerto todavía? Jack intentó dar lumbre a un fósforo pero la cajetilla estaba mojada. El reverendo Lutero Smith lo tenía sujeto de las muñecas, apremiante y confidencial.

—Se los han llevado a todos —explicó Lutero Smith—, y ahora estarán rompiéndoles los dientes con los puños. Pero los verdugos no llegarán hasta este lugar. Porque aquí está Dios, oculto en este rincón oscuro. No podrán llegar al reino de Dios, con sus bocas y sus manos impuras . . .

Jack se esforzaba por comprender, en medio de estas divagaciones, qué trataría de decir el sacerdote loco.

—El muchacho muerto apareció en la carretera, después de la fiesta en La Laguna del Sueño —dijo el pastor con voz solemne—, y nada mejor para ellos que el negro asesino, que el mexicano asesino . . .

De pronto apretó más fuerte las muñecas de Jack, asaltado por una especie de premonición extraña.

—¿Tú fuiste? —interrogó dolorosamente y luego con una desesperada entonación afirmativa—. ¡Tú fuiste el que mató al muchacho y por eso habrás venido a esconderte aquí! —dijo temblándole la voz con extraña pena—. ¡Les estarán pegando a todos ahora mismo! ¡Se los han llevado! ¿No te mueve a piedad su sufrimiento?

Jack sintió sobre su propio rostro, pegándosele a la piel, las mejillas mojadas en lágrimas del negro, cuya voz era a cada momento más suplicante y desgarradora.

—Si lo has hecho, entrégate. Entrégate por mise-

ricordia y amor a tus semejantes. Todos debemos entregarnos cuando lleguen los centuriones y llamen a la puerta. Si mataste, no dejes que tu crimen caiga sobre los inocentes.

Sin que ninguno de los dos lo sintiera venir, un chorro de luz bañó el interior del garaje, cegándolos, a tiempo que la silueta de un hombre saltaba recortándose en el marco de la puerta.

El negro lanzó un alarido ululante, lleno de pavor.

—¡Ya están aquí! ¡Son ellos! ¡Vienen a partirnos en pedazos! Son los linchadores blancos que destrozarán nuestros cuerpos, hoy, Día de la Misericordia Divina, Día de la Expiación.

Levantaba los brazos en alto proyectando su figura sobre los fanales como un gigante crucificado, como una gran cruz humana en la hoguera, que ardiese por las extremidades, un espantapájaros de la Misericordia Divina y la Expiación. Buscó con la mirada, hacia todas partes, el resquicio por donde huir.

—¡Soy el testigo de los tiempos! ¡De mis cenizas se levantará la tierra prometida! ¡Malditos!

Ciego, igual que un toro al que hubiesen hundido un hierro candente en los ojos, el negro embistió contra la oscuridad, a un lado de la luz que derramaban los faros del automóvil que se había detenido en la puerta con el motor en marcha.

El viento sacudía rachas de lluvia, semejantes a machetazos, sobre la epidermis desnuda de la noche, por la insondable grieta de cuyas tinieblas el negro desapareció con sus lamentos, que se alejaban en sucesivas ondas concéntricas cada vez más amplias, hasta que ya no se escucharon más.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién eres? —gritó, descompuesta, alterada, la voz del hombre que había

saltado del automóvil.

Jack no pudo responder, la lengua inmóvil dentro de la boca como un pedazo de plomo. Era Bob. Aquel hombre era Bob Mascorro pero Jack no podía hablar.

Desprendiéndose de la portezuela del automóvil del mismo modo que si alguien hubiera abierto las tapas de una ostra, apareció la figura, casi evanescente, de Marjorie.

—¡Pero si es Jack! —exclamó—. ¡Es nuestro querido Jackie!

Jack no acertaba a decir palabra, no acertaba a emitir sonido alguno, los labios plegados dolorosamente en una sonrisa de llanto.

—¡Jack, Jack! ¿Qué te han hecho, mi pequeño, mi pobrecito Jack? ¿Por qué lloras? —añadió la mujer, desgarrada por una lástima sin nombre.

Jack sollozaba broncamente, como un niño grande, mientras Marjorie y Bob lo sostenían entre los brazos.

—El negro, el negro loco —alcanzó a decir Jack con la garganta opaca—, el reverendo Lutero Smith . . .

En la oscuridad, menos densa que la exterior, de la pequeña sala de los Mascorro, sólo se oía en esos momentos el resoplido humano de la lámpara, mientras Bob, antes de encenderla, bombeaba el petróleo con el pistón, produciendo un ruido estertorante de pulmón enfermo, con angustiosos escapes de aires.

Jack deseaba la luz como pudiera desear la salvación de su alma. Marjorie le oprimía el brazo con todas sus fuerzas, muda, cual si no tuviera otro modo de expresión que aquella forma de apretarlo,

furibunda y triste.

El pulmón continuaba escupiendo sus pedazos de aire enfermo y todo en aquel silencio, todo en aquel desorden de sombras donde ninguno parecía tener propósitos de hablar o de explicarse. Poco a poco la respiración artificial de la lámpara —“está ahogada”, había dicho Bob en quién sabe qué momento— se hizo más lenta, apretada y con mayores intervalos entre una y otra estertoración, hasta que por fin Bob encendió esa bolsita de seda idéntica al zurrón de una crisálida, tras de la bombilla.

Una luz violenta invadió de golpe la pequeña sala, cuyos muebles y objetos aparecieron de modo tan repentino, que daba la impresión de que su presencia no era sino resultado de un truco cinematográfico. Los tres se miraron, examinándose como en acecho, la actitud extrañamente desconfiada; es decir, de Bob y Marjorie hacia Jack, y en seguida de Bob y Marjorie entre sí. Esto último era lo más inquietante. Algo debió haberles ocurrido, de cierta índole casi inconfesable —pensó Jack—, para que pudieran no darse cuenta de esta fugaz ruptura espiritual, que había hecho posible para ellos, que tanto se amaban, el mirarse en esa forma cruel y mala.

—No fue un accidente —dijo Bob muy pálido—, de ningún modo fue un accidente, sino un plan perfectamente meditado y previsto... —dominaba con dificultad su agitación.

Jack no comprendía. Como suele ocurrir en tales circunstancias —cuando después de algún acontecimiento poderoso se trata de conversar al respecto con alguien ajeno a dicho acontecimiento—, Bob daba por supuesto que Jack estaría en antecedentes, con todos los pormenores, de lo sucedido, por lo menos tanto como el propio Bob lo estaba.

—No entiendo palabra de lo que dices —exclamó Jack con una sensación de fatiga y abandono.

Una sonrisa descompuso en forma desagradable el rostro de Bob.

—Cierto. Perdona. Me refiero a la energía eléctrica. No fue un accidente que se apagara la luz en todo el barrio mexicano. No; ellos desconectaron los interruptores en la planta del distrito, *ellos* mismos con sus propias manos.

Bob hacía esfuerzos por aparecer tranquilo pero en sus ojos había un miedo, un miedo, sin embargo, no suyo, un miedo ajeno a su persona. Marjorie, los labios descoloridos, respiraba con las aletas de la nariz muy abiertas, igual que una bella bestezuela en peligro.

Jack seguía sin comprender, pero decidió esperar con paciencia. No le preguntaban nada, ni parecía sorprenderlos su regreso. Con seguridad la cosa era grave.

—A todos los mexicanos —prosiguió Bob—, a todos sin excepción, hombres y mujeres (y las mujeres tuvieron que cargar con los niños, naturalmente), nos llevaron a la estación de policía, sin ninguna cita previa, por supuesto, amontonados en camiones. Una verdadera razzia de criminales. Muchos quedaron detenidos como presuntos asesinos. Se trata de avivar el odio racial, eso es todo. La semana pasada los marinos destrozaron a puñaladas a dos mexicanos en el *downtown*. Los mexicanos ya no salimos del barrio porque en seguida nos apercollan los gringos fascistas. Apagaron la luz para llevarnos a todos. Desconectaron la planta con sus propias manos.

“Aquí está la cosa —pensó Jack—: el miedo colectivo se condensa, se personaliza en Bob, y se expresa en esta manera de mirar que nunca le ha-

bía visto. No es él quien mira de ese modo. Son todos los perseguidos quienes lo hacen a través de sus ojos”.

—Ahora me explico —exclamó en voz alta.

—¡Claro, claro! —dijo Bob sin darse cuenta de qué era aquello que Jack podía explicarse.

“Ahora me explico lo que sentí al entrar al garaje —prosiguió Jack mentalmente—. Esa idea de estar vinculado a un crimen del que no tenía el menor recuerdo y por el cual debía responder ante jueces invisibles. Es que tengo el espíritu dañado por la guerra, pero también es mi culpable sangre mexicana que se sintió perseguida como la de todos mis hermanos, mi culpable sangre inferior.” Luego las palabras de Lutero Smith, el pastor loco.

—¿Se trata de alguien al que mataron cerca de La Laguna del Sueño? —preguntó Jack.

Bob y Marjorie parecieron despertar al mismo tiempo, sorprendidos ante el hecho nuevo e inesperado de que Jack estuviera ahí presente.

—¿Cómo lo supiste? —exclamó Bob.

Jack caminó unos pasos para sentarse en seguida, dejando caer todo el peso de su cuerpo, sobre uno de los sillones.

—El negro Lutero Smith, en medio de mil tonterías, algo quiso darme a entender —dijo con una voz desfallecida y llena de cansancio.

—Sí, de eso se trata, ¿comprendes? —dijo Bob con un ritmo apresurado, galopante, que Jack tampoco le conocía—. Después de una fiesta en que todos bebieron hasta caer (un grupo de pachucos, ¿sabes?), un muchacho amanece muerto a un lado de la carretera, cerca de una granja que se llama Laguna del Sueño. Bien; al día siguiente nadie se acuerda de nada, beben como salvajes. El muchacho, en realidad, fue atropellado por un automóvil,

según hemos podido establecer. La policía dice que no y comienza a prender mexicanos en masa. Los periódicos gritan: “Alto a los pachucos”, “Escarmiento con esos criminales mexicanos”. El cónsul de México se limita a decir que no son mexicanos; que ninguno de nosotros somos mexicanos porque no tenemos papeles, y los gringos se envalentonan entonces y nos gopean por las calles . . . ¿No te has dado cuenta? Casi es una verdadera guerra civil . . .

Marjorie miraba a los dos hombres con una expresión anhelante y desesperada. Bob se había sentado en un pequeño taburete, los antebrazos apoyados en las rodillas que, por lo bajo del mueble, quedaban así a la altura del pecho, mientras sus ojos se clavaban en el suelo con reflexiva obstinación. Guardaron silencio largos instantes.

—Es que regresaron convertidos en verdaderos criminales —comentó Bob como si diera respuesta a un diálogo interno que sólo él escuchaba— y hay que proporcionarles aquello que alimente sus instintos . . .

Jack lo miró intensamente, adivinando a lo que Bob se refería pero con deseos de que lo precisara más.

—¿Qué criminales? ¿A quiénes te refieres?

Bob levantó la cabeza para fijarse en Jack y hasta entonces pareció cobrar un sentido para él ese uniforme de sargento de infantería en el que Jack estaba metido, en el que más bien parecía estar preso.

—¡Por supuesto a los que regresan con licencia de la guerra! Los marinos, los soldados —una leve sonrisa triste iluminó los labios de Bob—; en una palabra: los héroes. Verdadera gentuza. Han perdido cualquier noción de cualquier cosa. Sólo quieren beber y fornicar, naturalmente con nuestras mucha-

chas, con nuestras muchachas mexicanas. Las rubias de Norteamérica son sagradas —añadió con un sarcasmo sombrío.

Soltó una breve carcajada rabiosa a la que Marjorie repuso con callada expresión de alarma:

—Prepararé algo para cenar —dijo Marjorie a tiempo que se dirigía a la cocina, cuyas puertas cerró a sus espaldas al entrar.

—Ya habían atacado a una media docena de muchachas en el curso de una semana —prosiguió Bob tristemente— y los pachucos terminaron por responder, como era de esperarse. Tú sabes: los pachucos. Algunos marinos gringos han aparecido muertos por las calles. Es terrible: ¿pero quién diablos tiene la culpa?

Se puso en pie y caminó unos pasos por la salita, las manos unidas a la espalda, golpeándose una a la otra nerviosamente. Los ojos de Jack lo seguían en sus movimientos con una calma llena de amargura y abandono.

—Así, la persecución contra los mexicanos se ha podido convertir ya en algo sistemático y organizado, a lo que pronto se le dará una apariencia legal, irreprochable, con el pretexto ése de la Laguna del Sueño . . .

Jack se estremeció, otra vez perturbado por aquella sensación que lo asaltara en el garaje, ese miedo a los hombres, esa aprensión torturante a causa de haber cometido un crimen del que era imposible conservar memoria alguna, pero que indudablemente era un crimen que él había cometido. De pronto soltó una risita absurda que hizo a Bob volverse hacia él, perplejo y asustado.

—¿Qué te pasa? —exclamó con desconcierto.

El rostro de Jack, tranquilo, había vuelto a tomar su expresión rencorosa, amarga y sufrida.

—¡Nada! —dijo—. Hay cosas que uno no sabía antes. Sensaciones que nos eran desconocidas, como ésta que ahora experimentamos, y que puede llamarse, con toda exactitud, “sensación judía”. . . No entra en el campo de los sentidos únicamente, es un estado de conciencia permanente y atroz, una enfermedad provocada por el odio y las persecuciones, es el miedo a los hombres, el miedo de adquirir la certeza de que los hombres no existen (que eso que nos parece serlo no lo es), y lo peor, de que no llegarán a existir jamás . . .

Bob lo escuchaba con los ojos muy abiertos, lleno de inquietud.

—“Sensación judía” —prosiguió Jack con una sonrisa de disculpa por si pudiera tomarse aquello, equivocadamente, como una especie de antisemitismo—, sensación judía u otra cosa; es una manera de llamarla a causa de que los judíos han sido siempre los perseguidos del mundo, los perseguidos absolutos, y es sólo cuestión de ponerse en su lugar (o de que nos pongan) para que la experimentemos del modo más claro y lúcido, hasta las entrañas. En ese sentido tú, yo, Marjorie, somos judíos. Los negros son judíos. El ser judío no es pertenecer a una raza o a una religión, sino el haber sufrido en la propia persona la acción, el odio, la tortura, el desprecio del hombre zoológico, en la propia persona o en el grupo a que se pertenece. Eso no se olvida. Eso queda para siempre y te da una condición que antes no tenías . . .

Jack hablaba casi sin pasión, como si sus pensamientos hubieran madurado largamente desde mucho tiempo atrás y como resultado de una experiencia muy concreta y viva.

Bob lo examinaba con interés y afecto crecientes. Aquel estudiante expulsado de la facultad —cursa-

ba psicología y ciencias— y que luego fue empleado administrativo en la fábrica donde Bob y Marjorie trabajaban, atrajo siempre su simpatía, y más tarde hechos posteriores lo hicieron convertirse en su amigo. Hechos posteriores como el de adherirse al sindicato de la fábrica, cuando éste fue organizado, sin que Jack tuviera necesidad de ello y comprometiéndose gravemente, pues se echó encima el odio y las intrigas de la empresa donde, por otro lado, lo esperaba un porvenir brillante que no tuvo empacho en desperdiciar.

Jack se levantó del sillón donde estaba hundido y caminó unos pasos hacia la mesa, vuelto de espaldas a Bob.

—¡Es fastidioso! —exclamó de pronto, sin volverse hacia Bob para nada—. El caso es que decidí desertar del ejército . . ., y en lugar de presentarme en la base de San Diego, donde me esperan dentro de las próximas veinticuatro horas, vine aquí contigo y con Marjorie. ¡No sé! —giró francamente hacia Bob con una mirada escrutadora—. ¿Podrías hacer algo por mí?

Bob lo miró en silencio, con el aire afectuoso y preocupado, como si considerara el problema en su conjunto antes de emitir un juicio.

—No me preguntes por qué quise desertar —añadió Jack con una pereza contrariada ante la idea de dar explicaciones—; sería imposible exponer ninguna razón aunque tuviera palabras para hacerlo. No quiero volver, eso es todo. No quiero volver.

Los labios de Bob se fueron abriendo poco a poco en una sonrisa fraternal y conmovida. Volvía a ser el mismo Bob Mascorro de siempre, lleno de jovialidad y al mismo tiempo, si pudiera decirse, de alegre sensatez. Volvió la cabeza hacia la cocina con un aire de regocijada consternación, tomándose có-

micamente el rostro entre las manos, como si le dolieran las muelas, para dirigirse a Marjorie.

—¿Has oído las terribles palabras de nuestro querido Jackie? —dijo caricaturizando la voz mediante un ligero falsete. En seguida agudizó el tono para acentuar lo grotesco del efecto—. ¿Sabes, Marjorie, que el alma negra de Jack ha caído en las garras del comunismo? —concluyó, en un estado de ánimo ya jovial y optimista que contrastaba de modo notable con la nerviosidad, la cólera y la aprensión de los momentos anteriores.

A Jack le incomodó la broma, aunque no quiso demostrarlo. Oír la palabra comunismo le causaba una rara desazón.

En el marco de la puerta apareció la figura de Marjorie, las cejas en alto, interrogantes.

—Nuestro Jackie quiere ahorrarle gastos a la Defensa —dijo Bob con un amplio ademán—; prescinde de su sueldo en el *Army* y cede su lugar en el frente al ciudadano que se crea más capaz de reunir los suficientes méritos como para remplazarlo.

Marjorie no parecía tomar aquello por el lado divertido. Se secó maquinalmente las manos en el delantal aproximándose a los dos hombres sobre los que posó una mirada implorante. En su frente se dibujaron unas líneas de intensa preocupación dolorosa y maternal.

—¡Bob! Ten cuidado. ¡Tengan cuidado, Jack! —dijo, y se sentó en el sillón, los ojos muy grandes clavados en el piso, largamente pensativa.

Permanecieron en silencio los tres sin que Bob intentara volver a darle un tono de broma a la situación. Era evidente que Marjorie pensaba en los peligros futuros, en las consecuencias que aquello pudiera acarrearles a ella y a Bob, a su hogar. Lanzó un hondo suspiro, la mirada de pronto limpia y

tranquila, fija en Jack casi con la misma ternura hermosa y acariciante con que se posaba sobre Bob en los tiempos de las antiguas veladas anteriores a la guerra.

—¡Jack! —dijo con una voz muy pausada e intensa—. Si hubieras resuelto esto cuando la lucha era contra Hitler, te habría arrojado un escupitajo a la cara . . .

Era su manera de aprobar la decisión de Jack. A éste le sorprendieron muchísimo sus palabras. Francamente esperaba otra cosa de Marjorie, lamentaciones, reproches, miedo, cólera, ante los probables riesgos en que los pondría su actitud, aunque al último aceptara Marjorie lo que fuese, Jack lo sabía. Pero ahora resultaba que las preocupaciones de Marjorie eran de una naturaleza distinta por completo, circunstancia que a Jack lo hacía sentirse más culpable y avergonzado, cuando para él hubiera sido un gran aliento recibir siquiera unos cuantos insultos. En cambio Bob y Marjorie aceptaban aquello con una sencillez tan acogedora y familiar, y al mismo tiempo tan llena de calor y simpatía, que Jack sintió cómo los ojos se le humedecían sin que pudiera remediarlo.

“Estas gentes —pensó—, Marjorie y Bob, son los seres humanos, son el hombre tal como debe ser, con sus defectos y sus virtudes, pero defectos y virtudes del ser humano, no la zoología espantosa de la bestia, no la animalidad delirante e increíble en que lo convierten a uno la guerra y las persecuciones raciales y religiosas . . .”

Los claros ojos de Marjorie despedían una luz radiante y plena. Se puso en pie y tomó a Jack por las mejillas, entre ambas manos, oprimiéndole el rostro con fuerza.

—Bob te ayudará, querido Jackie —exclamó con

un impulso vehemente—; no temas que nos pueda ocurrir algo malo por encubrirte. Siempre estaremos contigo, dondequiera que te encuentres.

Lo miró con fijeza, con intensidad, con la luz desesperada e intrépida de la madre que despide al hijo cuando éste marcha a la guerra y no tiene más remedio que ceder, pero lo hace con doloroso orgullo y valentía. Jack marchaba a la guerra, en realidad, a otra clase de guerra, a la guerra verdadera. Aproximó entonces el rostro de Jack al suyo y lo besó en los labios.

Se volvió en seguida al punto donde Bob se encontraba contemplando la escena con una sonrisa fraternal y, quién sabe por qué, victoriosa.

Jack estaba rojo como un jitomate y con los ojos nublados por un llanto terco que apenas podía reprimir, lleno de vergüenza por el hecho de no atreverse a decirles que en cierto modo los estafaba, que no era digno de aquella confianza y amor, pues en un momento dado sería capaz de oponer a los comunistas igual violencia e igual número de razones que las que ahora lo inducían a desertar del campo anticomunista.

—¿Qué podemos hacer? —preguntaba Marjorie a Bob.

Bob se había sentado sobre la mesa, con una pierna apoyada en el piso y la otra colgando en el aire. En su semblante se retrataba esa misma expresión atenta y segura con que presidía las asambleas del sindicato.

Lo querían igual que a un hermano, de eso era imposible abrigar la menor duda, pensaba Jack. Pero no hubieran podido comprender sus causas esenciales, no hubieran podido comprender que él ya no era un hombre, que ya no pertenecía, y que si desertaba era para tratar de explicarse esto y en-

contrar algo, de ser posible aún, que lo restituyera en su integridad, pues su restitución propia era la de todos los demás, era rescatar a los hombres —dentro de sí mismo, ante sí mismo— del mundo de desesperanza al que parecían estar condenados sin remedio. “Lo que ocurre —añadió Jack—, y es por lo cual no podría hacerme entender nunca de Bob y Marjorie, es que estoy a punto de descubrir que no hay salida, que los hombres no tienen salida alguna.” ¿Por qué Marjorie no le escupía el rostro *ahora*? ¿Por qué no le habría escupido entonces la cara en lugar de besarlo?

—Conozco un punto por donde Jack podrá cruzar la frontera —fueron las palabras que resueltamente dijo Bob en esta ocasión.

IV

Al principio ni siquiera podía afirmarse si aquello era Corea. Bien; esto se les dijo, que se trataba de Corea y de aplastar al comunismo: entonces era preciso aceptarlo. Pero podía no tratarse de Corea, sino de cualquier otra cosa; nadie estaba seguro de si se les engañaba. ¿Y cómo podrían saberlo?

Ciertamente fueron embarcados en un puerto del Pacífico; mas ya desde aquí comenzaba la incertidumbre. ¿Cuál puerto? Era una noche cerrada, compacta, pero tanto daba si hubiera sido de día, a plena luz del sol, pues en la guerra nadie sabe en rigor dónde está, en qué punto se encuentra o de qué sitio parte, y todos los movimientos y las acciones tienen un sobrenombre más o menos tonto o gracioso, como aquello que Jack había leído en los periódicos acerca del “Proyecto Manhattan” o de la “Operación Gilda”, como si todo lo relativo a la guerra fuese el seudónimo de algo no solamente secreto, sino que debiera mantenerse oculto por vergüenza de lo que sería sin el disfraz de esas palabras.

Vino en seguida el viaje a través del océano a bordo de un barco también sin nombre, luego la llegada a tierra, para finalmente encontrarse de súbito metido dentro de un camión, en una columna inmensa de otros camiones, avanzando a duras penas entre el fango, y entonces a esto se le llamaba Corea.

Claro, están los heridos, los muertos, y ese ruido alucinante, único, ese bramar de monstruos que sólo la guerra puede producir. Pero aún no hay nada, aún no se siente nadie culpable, como nadie se sentiría culpable de un terremoto o de un eclipse. Hay un asombro, simplemente, una cierta incredulidad, entre los que hacen la guerra, respecto a que los resultados de aquello puedan ser obra suya y los muertos sean esos hombres a los que ellos dieron muerte. Un simple asombro, nada más.

Se dice, por ejemplo, "preparación artillera". ¿Qué significan estas palabras? "La unidad B-31—supongamos que así rece la orden del Alto Mando o de quien sea, lo cual tampoco se sabe nunca—, la unidad B-31 tiene bajo su cargo la misión de 'ablandar' la colina X-25 mediante una intensa y eficaz *preparación artillera*." Me gustaría enterarme qué es lo que se esconde detrás de esto, qué significa esa descansada, tranquila palabra "ablandar", me gustaría saber dónde estoy yo, dónde está un hombre. Cualquier hombre.

A unas cuantas millas de distancia se eleva la colina X-25, dorada y diáfana bajo la luz del sol. Las líneas de sus contornos son precisas y puras, casi intencionadamente bellas, como si se tratara de un dibujo premeditado por la misteriosa sabiduría de algún artista. Sus colores son vivos, concretos, con altibajos y matices tan bien contrastados y llenos de equilibrio, que convierten al volumen en algo ya no tan sólo visual, sino táctil, de una existencia extraordinaria, de una realidad increíble.

Al pie de la colina se extiende la mancha verde y fina de un pequeño bosque, una especie de caricia capilar, de vello adolescente que sube y se detiene sin llegar a la cumbre. Ahí, se dice, está el enemigo. Entonces sobre la colina X-25, sobre la abstracción

X-25, comienza a caer una lluvia de metralla que se resuelve, allá, en blancas nubes de humo despacioso e incruento. ¿Dónde estoy yo? Y tú, amigo, camarada, enemigo, rival, hermano, héroe, asesino, ¿dónde estás?

Es un sueño, un juego de distante pirotecnia, en que la colina acaba por arder con inopinada y espantosa gracia bajo la brillantez del cielo intacto que nada tiene que ver con la guerra. Mas en seguida los tanques se lanzan como astutos animales ciegos, olfateando, deteniéndose, haciendo girar la cabeza con una lentitud calculadora y pérfida, contra la colina destrozada, y atrás aparecemos nosotros, las hormigas frenéticas de la infantería, nosotros, hombres, hombres, con nuestras ametralladoras portátiles y los pequeños dragones mitológicos de los lanzallamas, listos para cegar, para escocer con sus dulces lenguas rojas el cuerpo de los enemigos, en el rincón, en el nido de sucias ratas donde se les encuentre.

Es monótono, casi un fastidio decirlo, pero nos hemos adueñado por fin de la posición X-25 no sabemos exactamente cómo. Estamos sobre ella y quizá más adelante se nos diga que los nativos, en su lengua, la llamaban La Suave Pendiente de la Sonrisa Encantada, pero no por ello deja de ser la posición X-25, con sus cráteres humeantes, sus árboles rotos y sus intestinos fuera, la bella colina cuyos contornos prefigurara un delicado pintor oriental.

Aquí y allá, bajo un casco, anudados a repentinas raíces que brotaron de la tierra, mirándose el vientre con asombro, o sencillamente, riendo a carcajadas, están los muertos: muertos no por mano del hombre ni de su "preparación artillera", sino víctimas de un cataclismo anónimo y sin culpa. Nosotros, los que hacemos la guerra con nuestras pro-

pías manos, hemos disparado en abstracto contra una posición abstracta. La unidad F-31 se ha hecho dueña del punto X-25. Éstos no pueden ser nuestros muertos, los muertos fabricados por nosotros. No podemos creerlo. Los miramos con asco y con prisa. Sin horror.

Jack recordaba aquel servicio de patrulla en compañía de Elmer y Tom, sus compañeros, Tom gigantesco, elemental, con las mejillas de un rojo brillante, y Elmer parpadeando bajo las cejas y pestañas albinas, las manos con su piel de dos colores, uno más blanco que el otro.

Caminaron a la ventura, despreocupados como en un paseo a través del campo, ya que el frente estaba quieto, excepción hecha de un cañoneo esporádico al otro lado del horizonte.

Respiraban con plenitud el aroma olvidado de la tierra en paz, tranquila y ondulante, que se extendía en silencio ante la vista mientras las nubes, esparcidas sobre el fondo de aquel azul intenso del cielo, eran como trapos recién lavados e informes, puestos al sol.

Se habían apartado de la carretera para seguir por una vereda, entre el monte bajo, a través de las pequeñas lomas desiguales sin propósito alguno, divertidos e infantiles, incluso con aquellas ramas de arbusto, atadas al casco, que acentuaban su apariencia cándida y desprevenida. Ése parecía ser un momento aparte, singular, como si estuvieran dentro de una gran campana de vidrio que los hubiese aislado de la guerra, del servicio, de la disciplina, de todo.

Ninguno se atrevía a decir la menor palabra, hasta que Elmer, quien iba por delante en la vereda, se

detuvo al volver un recodo señalando con el brazo extendido el rostro descompuesto por algo que no podía expresar. En efecto: aquello a que Elmer señalaba era incomprensible, absurdo, un contrasentido sin razón de ser, que los anonadaba, sacudiéndolos por dentro como una emoción indefinida.

—¿No es . . . —tartamudeó Elmer—, no es como para perder el habla veinticuatro horas seguidas...?

A sus ojos se ofrecía, apenas oculta entre las lomas, una superficie sembrada de trigo, un esbelto trigo de oro, una tierra íntegra, entera, como en los mejores tiempos de la paz, tierra cultivada, Cristo Santo, prodigiosas espigas, algo nunca visto en medio de la destrucción y violencia de la guerra, el reencuentro con lo que se ha perdido para siempre, un trozo intocado de tierra victoriosa a la que no destrozaron las bombas, los tanques, el fuego: tierra casta y fundamental que los transformaba otra vez en hombres.

Elmer se puso a saltar de gozo, enloquecido, haciendo mil piruetas extravagantes, pero el gigantesco Tom lo contuvo con un severo ademán cargado de misterio, como si aquellos aspavientos de Elmer fueran un sacrilegio.

No obstante su rostro de rubio mono cruel, Tom había adoptado una actitud de calma profunda y solemnemente autoritaria, con el propósito de impedir que nadie perturbara cierta revelación, cierto estado único de su espíritu al cual sólo él tenía acceso, y que sin duda había comenzado a invadirlo ya. Contemplaba las espigas de trigo acariciándolas lenta, devotamente, con los ojos húmedos rebosantes de la misma ternura con que miraría a la mujer amada. Elmer parecía comprender algo, en silencio.

—Es sagrado —dijo Tom sin saber qué otra cosa decir—, es sagrado —y a Jack no le parecieron

disparatadas estas dos palabras que correspondían tan justamente a lo que hubiera querido expresar.

Entonces Tom se despojó del casco con un movimiento amplio y grave, para luego arrodillarse, trémulo, mientras sus dedos buscaban entre la camisa hasta encontrar la pequeña biblia de bolsillo, de la que recitó en seguida un salmo, la entonación emocionada y profunda.

Jack y Elmer lo imitaron, apenas con un ligero asombro, sin perder uno solo de aquellos movimientos de los labios con los que Tom vocalizaba cada versículo.

La guerra estaba muy lejos, remota y ajena; había quedado atrás, en cierta prehistoria muy lejana. La guerra había terminado, eso era indudable.

“La espada de ellos entrará en su mismo corazón, y su arco será quebrado. Mejor es lo poco del justo, que las riquezas de muchos pecadores, porque los lazos de los impíos serán quebrados”, se escuchaba la voz de Tom, cóncava bajo el alto cielo transido de paz.

Los versículos caían como gotas de agua sobre la tierra, penetrándola, santificándola hasta el fondo, para enaltecer al hombre que la había labrado, que la había dignificado con su esfuerzo; para dar las gracias a ese obrero anónimo y extranjero con el cual estaban unidos todos los demás hombres del planeta por encima de odios y disputas, incluso estos tres inocentes invasores que traían consigo la cólera y el exterminio, pero que arrodillados ahí eran el testimonio ardiente de que la vida es invencible.

“Mas el justo tiene misericordia y da, porque los benditos de él heredarán la tierra, y los malditos de él serán talados.”

A pesar de sus rasgos brutales el rostro de Tom

resplandecía, los párpados entrecerrados y una inesperada luminosidad en la frente, tras de la cual se adivinaban los pensamientos más insospechadamente nobles.

Era comprensible, ya que antes de enrolarse en el ejército Tom había sido un *farmer* —y lo seguiría siendo después de que terminara este enojoso asunto de la guerra con el triunfo de las democracias occidentales—, un pequeño terrateniente de California que llegaba a reunir hasta cincuenta braceros para la recolección de la cosecha, y por ello amaba a la madre tierra y sabía darle todo su valor, tanto en el sentido figurado como en el otro sentido. Oraba unciosamente, con devoción profunda, convencido de que la causa de los Buenos, representada aquí por este trozo de tierra en cultivo y allá, en California, por su propia y hermosa granja, la causa, en fin, de Norteamérica —que implantaría granjas como la suya en todos los rincones del mundo— estaba destinada a triunfar, puesto que tenía a Dios de su parte.

El rumor de los versículos, que Tom decía cada vez en un tono más apagado y bisbiseante, dejaba libres los otros rumores de la naturaleza, que se oían entonces con una diafanidad más pura, formando, juntos, la oración única, el canto unido de todas las cosas creadas, que dirigían al cielo su acción de gracias por haberseles otorgado el dulce, el incomparable bien de la vida.

La voz de Tom a cada momento se empequeñecía más, en tanto su expresión cambiaba lentamente, transfigurándose en una especie de sagrada alegría, de goce divino, de jubilosa santidad, como en espera de percibir la respuesta a sus ruegos, como en sacrosanta espera de escuchar la voz del Señor, que así premiaba el fervor de sus oraciones.

“Cuando esperaba el bien, entonces vino el mal; y cuando esperaba la luz, la oscuridad vino. Mis entrañas hierven y no reposan; días de aflicción me han sobrecogido.”

Las últimas palabras ya no se escucharon y de pronto Tom interrumpió en seco la lectura. Elmer y Jack lo miraron con una inquietud imprecisa. En efecto, Tom parecía haber estado a la escucha de algo desde algún tiempo antes, aunque esto no fuera precisamente la voz del Señor, sino otra cosa. Un segundo bastó para que en su rostro no quedara la menor huella de religiosidad, de fervor, de piedad, o más bien, bastó para que se comprendiera que tales manifestaciones devotas, desde que Tom comenzó a bajar la voz, obedecían a causas muy distintas. Sus rasgos habían vuelto a ser duros, alertas, y en sus pupilas se reflejaba una acechanza llena de cálculo, la chispa de un odio subyacente listo a ponerse en acción en cualquier momento. Se incorporó sin ruido mientras indicaba silencio con el índice sobre los labios, el aire resuelto. Una transformación absoluta, que hacía desaparecer cualquier parentesco que pudiera existir entre los dos Tom, el de los versículos y éste, el soldado.

Jack lo miraba más bien con hastío, mientras Elmer ya había adoptado una apariencia feroz, sin que él mismo supiera por qué.

Tom inclinó la cabeza con la actitud exacta de un perdiguero reconcentradamente atento hacia el punto donde está la presa. Silencio. Los tres escucharon entonces un silbidito ondulante, el silbido que produce la “estática” en un receptor de radio.

Ahí muy cerca estaba el enemigo; ahí, oculto en la dulzura angélica de este paisaje donde parecía reinar la paz más limpia, la más delicada y profunda paz.

Un estremecimiento les sacudió el cuerpo de la cabeza a los pies.

Se deslizaron furtivamente hacia el lugar de donde provenía el ruido. Excelente perro este Tom, con su sigilo, con su admirable astucia y la amorosa voluntad que ponía para caer por sorpresa sobre su víctima, sin dejarle escapatoria. Rodearon el punto arrastrándose sobre el pecho, la voluntad entera en tensión, quizá hasta el extremo de que podrían hipnotizar al enemigo, a ese enemigo codiciado, entrañable, al que tanto amaban, al que querían matar antes de que pudiera darse cuenta. Pero cuando lo sorprendieron no fue necesario; es decir, había resultado algo bastante diferente a lo que habían imaginado.

Una cosa es el enemigo en abstracto, se había dicho Jack siempre; el enemigo al que nunca se ve, ése que en las grandes batallas no pasa de ser una fórmula algebraica, la colina X-25, y otra el enemigo tangible, concreto, el hombre igual que tú y que yo, con zapatos y con ojos.

Se trataba de un único muchacho no mayor de los veinticinco, absorto por completo en el manejo del aparato radiotransmisor, al amparo de una grieta del monte donde se había escondido, totalmente absorto en su entretenimiento como un niño que se divierte con el juguete nuevo. Un niño, aunque con estos diablos asiáticos uno se equivoca siempre. Cuando quiso darse cuenta, ya estaba rodeado por las tres bocas de los fusiles automáticos. Primero miró sin comprender, con un movimiento de los labios que quiso ser sonrisa, y luego se puso en pie llevándose las manos a la nuca, vencido, con una expresión de sumo desencanto y la actitud de quien se disculpa por alguna falta que le fue imposible advertir, pese a ser una falta tan evidente, tan estú-

pidamente trivial.

Tom le encajó el cañón del fusil en las costillas, con miedo, como si el muchacho tuviera el cuerpo impregnado de nitroglicerina para hacerse estallar a sí mismo de un momento a otro, igual que una bomba viviente. Los ojos oblicuos del norcoreano se velaron con una sombra de súplica amistosa, sin animadversión. Pronunció algunos vocablos incomprensibles, pero Jack se dio cuenta de que no estaban dichos en coreano, sino en algo que quería ser una lengua común.

—¡Qué! ¿Qué dices, hijo de perra? —le escupió Tom en la cara. Los labios cenicientos del norcoreano se entreabrieron en una sonrisa tímida. Dijo algo así como "*crims, frinds*", seguro de que lo comprenderían en eso que él pensaba palabras dichas en inglés.

Jack cayó en la cuenta: *comrades, friends*; camaradas, amigos. Esto intentaba decirles el coreano del demonio. El muy listo quería "fraternizar" con ellos, trataba de hacer propaganda. Comprendió Jack que se las tenía que haber con un comunista de carne y hueso, no con el "enemigo" habitual, el soldado de línea, simple e ignorante, sino con un comunista verdadero, es decir, uno que sabía usar la palabra camaradas.

—Nosotros no *camaradas* —gritó Jack con rudeza—, nosotros no *amigos*; tú nuestro prisionero.

Elmer se apresuró a registrar al norcoreano, volviéndolo de un lado para otro, mientras el muchacho lo dejaba hacer, la mirada fija, casi amorosa, sobre el aparato de radio y la ametralladora portátil que no tuvo tiempo de alcanzar y cuyo disco centelleaba herido por un rayo de sol. La pequeña biblia había caído a los pies de Tom sin que el salmista lo advirtiera, atento al menor gesto del prisionero.

Elmer encontró algo encima del muchacho, un cuadernillo diminuto, que Tom le arrebató en seguida para entregárselo a Jack, no sin apercibirse, con una rápida ojeada, de que el cuadernillo en cuestión tenía impreso sobre la cubierta el distintivo de los comunistas. Aquello era más de lo que Tom estaba dispuesto a tolerar. Excitado, sujetó al muchacho por el cuello sacudiéndolo hasta la histeria, como a un pelele.

—¡Comunista hijo de puta! —ladró furioso—
¡Lacayo de Rusia!

La mirada del muchacho se hizo de pronto muy diferente, inamistosa y fría al juzgar de nuevo a Tom, una mirada muy seria y llena de preocupaciones, como si midiera la realidad sin equívoco posible, deduciendo todas sus conclusiones lógicas y haciéndose cargo cabal de los hechos, sin ilusión alguna, con la imparcialidad de un científico que examina determinado fenómeno sobre el que ni su voluntad ni sus deseos pueden ejercer la menor influencia. Tom no cesaba de sacudirlo con una ira frenética.

—¡Quieto, Tom! —ordenó Jack alarmado.

De seguir tratándolo en esa forma desconsiderada el norcoreano terminaría por aterrorizarse, presa de ese pánico irracional que convierte a cualquier hombre en basura, y entonces ni siquiera les iba a ser posible conducirlo al campamento. La eventualidad de hacerle saltar la tapa de los sesos con un balazo, por otra parte, le producía a Jack una molestia bien definida, que anticipaba la sensación del acto mismo; una especie de súbita caída en el vacío, un vuelco agudo y, por dentro, en el estómago, después, la angustia de un desamparo absoluto. Adivinaba lo pálido que estaría su propio rostro en esos momentos, bajo la piel tensa y fría.

—¡Firme! —ordenó a Tom con una voz que nunca se había oído, desconocida, que no era suya, una voz salvaje.

Como por encanto Tom se puso rígido, los talones juntos y la mano derecha extendida a la altura del casco.

—¡A sus órdenes, mi sargento! —dijo broncamente.

Tom conservaba un temblor iracundo en las mejillas, pero a través de lo quebrado e inopinadamente dócil de sus ojos, era posible advertir el orgullo que sentía de su obediencia y la satisfacción que le causaba el que Jack lo hubiera llamado al orden haciendo valer el principio de autoridad, aun cuando se tratara de disciplinarlo a él mismo, al propio Tom.

“¡Bravo, muchacho, así se hace!”, parecía decir, sólidamente inmóvil, como una roca, mirando a Jack con una ternura servil y conmovida.

—¡Aquí no estamos entre salvajes, Tom! —dijo Jack sin acrimonia, dominándose—. No podemos maltratar al muchacho, es nuestro prisionero.

Tom permanecía con el cuerpo tenso, igual que si saludara en una parada militar el paso de la bandera. Aparte soldado —Jack lo supo de sus propios labios, pues Tom lo contaba a todo el que lo quisiera escuchar—, era miembro en activo de la Legión Americana, donde —decía— están los mejores patriotas norteamericanos, los que cuidan de la pureza de Norteamérica y no vacilan en dar la vida por ella.* Una organización más o menos militar donde Tom había aprendido los principios de la disciplina y la sumisión a los jefes. De ahí su odio

* Como se sabe, la Legión Americana es la organización fascista y partidaria de la discriminación racial, que funciona en Norteamérica. [N. del A.]

frente al enemigo, de una parte, y su orgulloso ordenancismo, de la otra.

—¿Mi sargento, puede permitirme una observación? —interrogó en un tono absolutamente oficial.

Jack volvía a sentirse tranquilo. Sonrió.

—Bueno, viejo —dijo con un ademán despreocupado—, pero deja de hacer el tonto y ponte como la gente; estamos entre amigos, aunque yo sea tu sargento.

Los ojos del norcoreano, que no perdían un solo detalle, brillaron con un relámpago lleno de viveza al escuchar la palabra *amigos*, al parecer tan significativa para él.

Sin hacer caso a la invitación de Jack, Tom se mantuvo en la posición de firmes.

—No tiene el derecho al trato de prisionero —expuso con ese aire seguro del que conoce los reglamentos a conciencia—; no viste uniforme de ninguna clase, es un francotirador, un guerrillero, un espía. Podemos matarlo aquí mismo.

Jack se puso muy serio y consideró largamente a Tom. Tenía que arreglárselas con la estrecha mentalidad de este buen orangután patriótico, de este americano ciento por ciento, para que no fuera a cometer cualquier tontería. Bien, no es lo mismo disparar a lo lejos un torrente de metralla sobre el enemigo abstracto, que matar en frío a un hombre que, en el fondo, quizá no tenga nada de enemigo. Una sonrisa sagaz iluminó su rostro...

—No podemos prestarle tan mal servicio al Estado Mayor —dijo jovialmente—; lo entregaremos en el campamento. Los muchachos del Servicio de Inteligencia tendrán mucho placer en interrogarlo...

Tom hizo descender suavemente la mano con la que hacía el saludo militar y luego escupió con fría rabia hacia el suelo.

—¡El cochino comunista! —exclamó mientras echaba a caminar hacia la carretera.

Sin que Tom pudiera darse cuenta de su involuntario ultraje, la saliva del escupitajo había caído sobre la pequeña biblia de bolsillo, que quedó abandonada entre la tierra.

Los rayos del sol caían de filo, perpendiculares, sobre el campo quieto y luminoso. Desde muy lejos se escuchaba el batir sordo, nómada, como si una multitud inmensa se hubiera puesto en marcha sobre la gigantesca superficie de un tambor, de la artillería, y derramándose por la atmósfera en múltiple presencia auditiva, el ronroneo tenaz de alguna escuadrilla aérea, invisible a causa de la gran altura a que volaba.

El norcoreano levantó la vista hacia el cielo con una actitud ambigua, abandonada, en el fondo sin darse cuenta de lo que hacía, atraído subconscientemente por el rumor de los aviones, pero con algo que a Tom se le hizo como una secreta esperanza, una indagadora ansiedad. Descargó entonces un golpe sobre las espaldas del muchacho con la culata del fusil ametralladora, un golpe asombroso por lo inocente que parecía, pues el prisionero con seguridad concentró todas sus fuerzas en no demostrar sufrimiento alguno, excepto la asustada desolación de sus ojos, que se abrieron mucho, con la lucidez desesperada de quien advierte que lo ha perdido todo y ya no habrá nadie en el mundo de quien pueda esperar ayuda o comprensión.

—¡No son tus puercos *migs*! —barbotó Tom con un júbilo siniestro levantando la barbilla hacia la altura en el sentido de donde provenía el ruido de los aviones—. ¡Son los nuestros! ¿Entiendes? ¡Es-

pera nada más a ver la zurra que se llevarán todos ustedes!

¿Qué podría pensar el norcoreano de ese golpe imprevisto y esas palabras incomprensibles e inútiles, dichas en un idioma extranjero?, se preguntó Jack. Tal vez si llevaran dos horas o más caminando sobre la carretera —se dijo— el norcoreano ya habría comenzado a sentir la certeza de su muerte, lo cual era muy lógico. La certeza de caminar hacia la propia muerte, de que lo fusilarían sin ningún género de dudas. Más tarde o más temprano iba a comenzar la danza, el derrumbe moral del muchacho —les ocurre a casi todos— y entonces aquello sería un espectáculo como para vomitar, como para morir de risa y sacarse los ojos de vergüenza y desesperación.

A Jack le causaba un asombro extraordinario que el norcoreano existiera. Más aún, que, aparte de existir, también fuese *su* prisionero, algo suyo, que le pertenecía, un hombre al que estaba ligado indisolublemente y en un sentido tan profundo que nada menos era el de la muerte.

“Éste es el enemigo tangible, concreto”, se dijo examinando a cada momento con mayor interés al muchacho, “el enemigo viviente y con sangre en las venas”, añadió como si aquello no pudiera ser cierto de ningún modo.

Había en todo esto un *por qué* sin respuesta alguna, pero donde Jack sospechaba la existencia de un gran absurdo, tan grande que todos eran parte de ese absurdo, sus juguetes y sus cómplices, todos, desde el presidente de Estados Unidos, hasta él, hasta Jack Mendoza, sargento de la infantería norteamericana. “Mi enemigo, mi enemigo”, se repitió con una perplejidad amarga.

Bien; era estúpido, pero el muchacho se derrum-

baría. Se derrumbaría y resultaba curioso imaginar cómo iba a producirse esto, mediante qué actitudes y expresiones, tratándose de un asiático cuyo rostro y cuyos gestos, cuyo miedo y dolor, se manifiestan en una forma tan diferente a la de los demás hombres.

Jack no podía apartar su mirada del pequeño norcoreano. Ahora el amarillo de su piel iba tomando un tinte macizo, mientras los ojos comenzaban a tener una movilidad anormal y desequilibrada, las pupilas sin fijeza, características del próximo estallido de la crisis. Jack se preparaba con todas sus fuerzas para soportar las escenas que sobrevendrían, sin que los nervios se le rompieran.

Un intenso temblor de las manos, atrás de la nuca, hacía vibrar el cuerpo entero del norcoreano, igual que en un acceso de malaria, como si aquéllas le transmitieran, a través de toda la red disponible de los conductos interiores de su caja corporal, el alto voltaje de una corriente eléctrica. Iba a desmoronarse muy pronto, más pronto de lo previsto —calculó Jack—, y entonces daría rienda suelta a ese bestial terror humano, ese terror que no tiene parecido a ninguno de los terrores zoológicos.

Jack sintió unos deseos imperiosos de fumar, pero desistió al punto, dándose cuenta de lo tonto que sería hacerlo ante el prisionero en la imposibilidad de ofrecerle un cigarrillo. Si al menos el idiota de Tom no estuviera aquí. Aguardaba con creciente angustia. La primera manifestación de la crisis del prisionero iba a ser, o bien el desesperado intento de escapar a campo traviesa, para que una ráfaga de plomo —Tom, naturalmente— lo dejara ahí seco a la orilla de la carretera, o bien el negarse a seguir adelante hasta que lo condujeran a rastras como un guiñapo.

Faltaba muy poco, era cuestión de minutos, para que aquello sucediera. Las pupilas del muchacho giraban con el vaivén abandonado de una brújula sin polo magnético, y Jack no podía pensar en otra cosa que en eso, absolutamente nada más en eso. “¡Hazte fuerte, muchacho; aguanta, por lo que más quieras!”, suplicó Jack desde el fondo de su corazón, en silencio.

Jack tuvo de pronto una ocurrencia heroica: cantar. Era absurdo, pero cantaría para el norcoreano, tal vez con la idea impensada de que éste, cuando menos, no lo juzgase igual que a Tom. Pero, ¿por qué rayos le preocupaba tanto el maldito prisionero? Apretó los dientes con rabia. Cosas de la guerra cuando deja de ser la colina X-25. Yo mato, tú matas, él mata, nosotros matamos. Recordó las canciones que conoció por su madre, aquellas canciones mexicanas que arrancaban suspiros a Marjorie, a Bob y a él mismo, cuando las cantaban durante las hermosas, inolvidables veladas en Carmelita Street, antes de la guerra, algunos siglos atrás... No importaba que el prisionero no comprendiera las palabras. De todos modos las comprendería.

Si te preguntan, bien de mi vida,
si eres mi amor,
no les contestes, bien de mi vida,
diles que no...

Tom, que iba delante del grupo, se volvió hacia Jack, la cara risueña, roja de entusiasmo, golpeando con la palma sobre su fusil automático a guisa de aplauso, mientras un resplandor infantil le brillaba en las pupilas; Jack repuso con un ademán impreciso, sin apartar la mirada del prisionero:

Si te preguntan, bien de mi vida,
si te amo yo . . .

El prisionero tenía ahora una expresión más bien cautelosa y prevenida, como si quisiera dominar una sonrisa astuta, los ojos amenazantes fijos sobre la nuca de Tom. Al parecer se encontraba en un estado de transición entre la conciencia y el delirio. Jack se daba cuenta de que, de interrumpir el canto, el norcoreano se lanzaría, igual que una fiera enloquecida, contra el cuello de Tom para estrangularlo. Hizo un esfuerzo por continuar, atacando una canción distinta:

Árbol de la esperanza, mantente firme,
que no lloren tus ojos, cielito lindo,
al despedirme, ay, ay, ay, ay, porque si miro
lágrimas en tus ojos, cielito lindo,
no me despido . . .

Pero súbitamente se interrumpió. Era inútil. Aquello había comenzado. Ya estaba aquí.

El norcoreano movía la cabeza de uno a otro lado con un balanceo grotesco, mientras cierto escalofriante rictus de los labios le congestionaba el rostro en una doble expresión dolorosa y sonriente a la vez. Jack apuntó con el fusil y los otros dos hombres hicieron lo mismo, cercando al prisionero.

—¿Qué quieres ahora? —gritó Tom sin separar las mandíbulas, mostrando la doble fila de dientes apretados—. ¡Di! ¿Qué quieres ahora, hijo de perra?

El norcoreano hizo algo parecido a un impulso por aproximarse a Jack, pero éste lo derribó en tierra con un salvaje puntapié doble sobre el pecho, mediante un hábil brinco acrobático, las dos piernas juntas, recurso que le enseñaran en la Universidad.

Extraños, incomprensibles estos asiáticos del demonio. “No sabe uno jamás lo que expresa su rostro”, se dijo Jack. Recordó a una mujer en un miserable suburbio de Seúl que reía a carcajadas a la puerta de su casa. Sentada en el suelo inclinaba repetidamente la cabeza sobre las rodillas y reía con todas sus ganas, los labios abiertos, desternillándose ante algo que le habría causado una gracia increíble. Pues bien; no reía: lloraba como una bestia, con el cuerpecito de su hijo entre las piernas, al que había destrozado un tanque cuando intentó cruzar la calle apenas unos segundos antes. “Uno no sabe lo que quieren decir con las expresiones de su rostro —se repitió Jack—; son tan impenetrables como si pertenecieran a otro planeta. No tienen rostro, son hombres sin rostro.” Chinos, mongoles, japoneses, coreanos, birmanos, indochinos y demás, toda la fauna.

El prisionero norcoreano se puso en pie y miró con el aire sorprendido y lastimero. Parecía muy lejos de sentir aquella desmoralización que Jack le atribuyera. Más bien cierto asombro por haber recibido de Jack ese golpe. Precisamente como si no esperara recibirlo de Jack, de Jack menos que de ningún otro. Pestañeaba con prisa y otra vez, lo más rápido que pudo, volvió a colocarse las manos atrás de la nuca. Era a un tiempo lamentable y extraordinario; sin apartar la vista de Jack, comenzó a cantar en español con una vocecita aguda y temblorosa.

Que no lloren tus ojos,
cielito lindo,
al despedirme, ay, ay, ay, ay.

El ay, ay, ay, sonaba desgarrador y grotesco, dicho con la premura cómicamente voraz de ser com-

prendido, y con la esperanza incierta de que en eso podría cifrarse una especie de salvación milagrosa.

—¡Yo mexicano y Corea! —añadió también en español, muy aprisa—. ¡Yo mexicano y Corea!

Con una violenta brusquedad, sin transiciones, en el lapso de un segundo, Jack sintió absolutamente comprensible y diáfano, sin misterios, el rostro del norcoreano. Era el rostro familiar y amigo de los “chinitos” que lavan ropa o sirven en los restaurantes, de los “chinitos” que se ven en los cafés de Chihuahua —Jack no conocía de México sino esa ciudad— o que trabajan en las plantaciones arroceras de California.

—¿Mexicano? —interrogó Jack con una especie de sobresalto—. ¿Cómo está eso?

Tom y Elmer escuchaban con una curiosidad divertida, sin comprender las palabras en español, que se les hacía increíble pudiera ser el idioma común de Jack y el norcoreano, dos personas tan diferentes entre sí, tan opuestas y desiguales, aun sin contar el color moreno de Jack, que, con todo, era un ser superior, un ciudadano de los Estados Unidos de América.

El norcoreano permaneció algunos segundos sin responder, juzgando alternativamente a los tres hombres en cuyas manos estaba y de quienes dependía su destino de modo tan irremisible.

—¿Van a matar yo, verdad? —dijo con ese guiño de ojos tan común en los miopes, pero que más bien parecía en este caso una súplica.

“¿Amas mucho tu horrible pellejo amarillo, eh?”, pensó Jack. “Yo también amo mucho el mío, mi horrible pellejo verde, rojo o lo que sea.” Se soltó a reír sacudiendo el pecho con una risa convulsa, colérica.

—Nosotros no —repuso en voz alta con repenti-

na seriedad—. A ninguno de los que ves aquí le tocará ser el que te mate; no es asunto que nos corresponda. Pero allá en el campamento puedes estar seguro de que no te harán esperar demasiado.

El prisionero se miró los pies por espacio de varios segundos y echó a caminar en medio de sus aprehensores, silencioso.

Ya no se escuchaba el cañoneo y el campo continuaba desierto en toda su vasta extensión, sin más alma viviente que los cuatro hombres sobre la carretera.

“Otra cosa que no sabe uno de la guerra —pensó Jack— es la soledad. Uno cree que la guerra está llena de gentes por todos lados y que no hay un solo espacio vacío.”

Nadie hablaba, únicamente se oían las respiraciones rítmicas, respiraciones de soldados, parejas, medidas, junto al jadear desacompasado, ansioso, civil, del guerrillero. “Pero hay estas extensiones solitarias”, se dijo Jack sin poderse formular lo que sentía. ¿Qué es lo que lo empujaba a seguir por la carretera en lugar de sentarse a la orilla y mandar todo al diablo? Nada, un destino, una serie de equívocos, una serie de supuestos a los que era imposible sustraerse y que formaban la absurda cadena, uno de cuyos eslabones era él mismo, el propio Jack. El primer equívoco, el más inmediato: que Tom y Elmer lo tomaran como su sargento, como su superior. ¿Por qué? Ahora estaban solos en mitad del campo y la palabra “superior” perdía en absoluto su sentido. En realidad los superiores aquí eran Elmer y Tom —ellos eran quienes mandaban sobre Jack mucho más que Jack sobre ellos: Jack no podía sentarse a la orilla de la carretera y mandar al diablo

todo, porque ahí estaban Elmer y Tom, sus subordinados; en consecuencia, el subordinado era Jack. En este punto, en el hombre-Jack, se iniciaba así la cadena de malentendidos, hacia arriba, cada vez en más amplios y complicados círculos, hasta los gobernantes, los estadistas, los sacerdotes, y la diabólica sabiduría de esta estructura perfecta era, en suma, eso que se llama guerra, una multiplicación progresiva de falsos supuestos y fetiches, que suprimían al hombre real por el hombre-prisionero, el hombre-soldado, el hombre-sargento, el hombre-general, el hombre-presidente. En fin, le resultaba imposible a Jack sentarse en la carretera, no seguir adelante y mandar todo a los mil demonios.

Soltó, sin querer, una breve carcajada. Desde que tomaron al prisionero todas las cosas le parecían muy cómicas, espantosamente cómicas.

Tom lo miró y también se puso a reír, sin razón alguna, tan sólo por tratarse de su jefe. Elmer miraba a uno y a otro, sin comprender, y hasta ese momento Jack pudo darse cuenta de algo insólito: Elmer llevaba bajo el brazo, sujetándolas contra su cuerpo con una especie de ternura desesperada y solitaria, un haz de espigas de trigo, doradas, magníficas, de las que no había querido desprenderse desde que las encontraran, como si aquello tuviera para él un significado muy grande, oculto y tal vez indecible.

—¡Bueno! ¿Por qué dices que eres mexicano? —preguntó Jack por fin al prisionero.

Éste parecía no escuchar, la vista fija en el suelo, pero luego repuso con una indiferencia lejana, como si aquellos datos se refirieran a otra persona: había nacido en Culiacán, donde radicaban sus padres, mexicana ella, coreano él. Cuando estuvo en edad de cursar estudios superiores fue enviado por su pa-

dre a la Universidad de Peipín, luego regresó a México y después de la derrota del Japón la familia entera vino a radicarse en Corea. Era todo.

Jack lo miraba reflexivamente. Con su graso maquinó, su gorro de lana y las sandalias de cáñamo, cualquiera tomaría al prisionero por todo menos por un estudiante universitario. Una chispa de simpatía despejó la mirada de Jack.

—¿Quieres un consejo, paisano? —dijo en un tono cordial y seguro de no ser comprendido por los otros dos hombres—. Cuando te interroguen, guárdate lo de tus estudios en Peipín. Un universitario no se convierte en guerrillero sin ser comunista convencido.

Ahora el norcoreano sonreía suavemente, con una especie de orgullo melancólico.

—Gracias —e hizo una delicada inclinación de cabeza al decirlo—. Yo comunista convencido . . . Yo partido comunista México y Corea . . .

Jack se pasó un gran trago de saliva, desazonado e incómodo.

—Bueno —dijo atropellándose, con recelo hacia sus subordinados—, no es necesario que hables del asunto con nadie. Por cuanto a tu estúpido carnet del partido, lo tiré a la cuneta de la carretera —tosió con nerviosidad—. Ahora será mejor que, mientras conversamos, no repitas la palabra ésa . . . comunista —hizo una ligera inclinación hacia Elmer y Tom—. Se entiende en todos los idiomas . . .

El guerrillero soltó una risita alegre.

—Sí —dijo—, en todos los idiomas de la tierra . . .

Jack tuvo un sacudimiento extraño, sin saber por qué. El comunista había pronunciado aquellas palabras con una entonación singular, cálida y misteriosa a la vez, como si encerraran un hondo sentido

secreto, una fuerza que a Jack le pareció amenazante, pero también oscuramente seductora y bella.

“En todos los idiomas de la tierra”, se repitió.

V

Tendido sobre el catre de campaña, dentro de la barraca de su unidad, Jack escuchaba los ruidos distantes, irreales, de la siempre extraña noche de Corea, noche agresiva, no del todo planetaria, como instalada en algún hueco vacío del universo.

Todos los demás soldados dormían y los ronquidos se escalonaban en registros diferentes, entre los cuales algunas palabras sueltas, de los que hablaban en sueños, aparecían de cuando en cuando, ilógicas, absurdas, provenientes de un mundo lejanísimo, ajeno a todo, inimaginable, como esos fragmentos de conversaciones telefónicas de larga distancia que de pronto se escuchan a través de un aparato de onda corta, sin que pueda saberse de dónde proceden, qué es lo que representarán de angustia, esperanza, sufrimientos, deseos, complicidades, pero que uno sabe pertenecen a seres humanos ignorantes del hecho de que alguien, en algún punto de la vasta tierra, participa en sus vidas sin quererlo.

Más allá, la afelpada noche coreana, esa noche de musgo negro, con sus alucinantes ruidos silenciosos y el invisible movimiento de sus tinieblas lunares —de esa otra luna que está atrás de la que vemos, esas espaldas de tinieblas del siniestro hemisferio lunar desconocido—, rodeaba el campamento igual que si fuese la masa sin fin donde

terminaran los límites de la galaxia.

Ruidos que no hacían ruido, y que, sin embargo evidentemente eran ruidos, como cuando en una proyección cinematográfica se estropea la banda de sonido, no obstante lo cual las imágenes continúan en movimiento sobre la pantalla, sin oírse, pero hablando, sólo que aquí la pantalla era densamente negra, una pantalla abisal y sin fondo.

Jack sabía que a estas horas era cuando los perros comenzaban a aproximarse, hambrientos, unos perros que ignoraban cómo ladrar, que jamás habían ladrado. Patéticos perros, mudos y espantosos, que venían en calladas jaurías, no por astucia, sino porque, en efecto, eran perros salvajes que no ladraban. Tampoco lobos, simplemente perros salvajes.

A Jack le habían contado la historia. Los coreanos acostumbran comerse a los perros, y éstos, por tal razón, en Corea no son animales domésticos sino bestias tristes y llenas de odio, que jamás se ven vivos en ninguna población, por más inofensiva que sea para ellos. Los coreanos salen a cazarlos en los bosques, y luego los devoran muy en paz, mientras una sonrisa oblicua baila de satisfacción en sus pequeños ojos. No son fuertes, sino unos perros flacos, muy pobres, y que comen excremento humano, por lo que los campesinos acostumbran, igualmente, dejarlos llegar hasta las fosas sépticas, donde les permiten engordar para darles muerte en el momento oportuno. Los centinelas no les tendrían miedo si no fueran de tal modo inaudibles, sin voz, al grado de que, cuando menos se piensa, ya están sobre uno, en las tinieblas de la noche coreana, hincándole los colmillos en la carne, sin producir el menor ruido, ellos también como perros de tinieblas o como si las tinieblas se hubieran vuelto perros.

Ahora estarían ya aproximándose con el hambre

desesperada que los había hecho valientes, pues antes de la guerra, según supo Jack, su tendencia era más bien huir de los seres humanos, con miedo, con rencor, sin comprender en absoluto por qué ellos venían a ser los perros más infelices y desgraciados del mundo entero. Luego se escucharían, aquí y allá, aislados, individuales y singulares como en un campo de tiro, los disparos de los centinelas, pero de los perros no se escucharía nada, porque su muerte se consumaba en silencio, sin que lanzaran una sola queja.

“Los malditos, los escalofriantes, los aterrorizados y desesperados perros de Corea”, se dijo Jack con una amarga sensación de vacío, como si hubiera algo muy abstracto dentro de su estómago, pues al mismo tiempo pensaba en el comunista prisionero y en si el muchacho iría a ser tan hermético, tan silencioso, tan mudo como los perros de Corea. Porque en estos momentos lo estarían torturando, naturalmente. Bajo la dirección del oficial de Inteligencia a quien Jack hizo entrega del prisionero, y entre Tom y alguien más, quién sabe quiénes más, lo estarían torturando en el interrogatorio.

Se estremeció. Eso era lo que no lo dejaba pegar los ojos, acostado en mitad de las tinieblas cósmicas de la noche y de Corea —y no importaba la macilenta luz de la barraca—, en mitad de aquel espantoso círculo negro que, como se lo habían enseñado en la Universidad, tenía su centro en cualquier punto pero su circunferencia en ninguno.

—¡Daisy! ¡Tú no quieres acostarte conmigo! ¿Por qué?

La voz del soldado, un hombretón que dormía en el catre vecino al de Jack, era como la de un niño, doliente y desamparada. “Daisy, Daisy”, dijo otra vez en sueños y se volvió boca arriba con mo-

vimientos torpes, ahora sin cerrar los párpados por completo, como si algo le hubiera hecho perder fuerzas para hacerlo.

“El muy tonto es capaz de no querer hablar”, pensó Jack del prisionero, “pero terminarán quebrándolo igual que a esos perros mudos”.

A lo lejos se escuchó el primer disparo. El muchacho norcoreano, por desgracia, parecía de esos comunistas convencidos, de esos que son incapaces de soltar la lengua aunque se les meta en un caldero de agua hirviente. Era absurdo, pero así sucedería. El muchacho no iba a pronunciar una palabra.

El oficial del SIM (Servicio de Inteligencia Militar) tenía un rostro despejado e inteligente, pero al mismo tiempo con un aire triste y cínico, de tristeza cínica. Había mirado al prisionero norcoreano con la expresión —suponiéndolo espía— de quien examina a un colega, a una persona del mismo oficio, y trata de medir y pesar sus facultades con ojo profesional. “No será considerado como un prisionero de guerra —les dijo a Tom y a Jack con una indiferencia cansada y burocrática—, puesto que su caso no es sujeto de derecho internacional. Evidentemente se trata de un espía.”

Tom exudaba un gozo rebullente, inquieto, como el caballo de carreras antes de que den la señal de arranque, al extremo de que dirigía al prisionero unas miradas llenas de cariño y ternura, como agradeciéndole algo, mientras tamborileaba con los dedos sobre su propio vientre, el pulgar sujeto en el cinturón.

—¡Traduzca! —ordenó el oficial a Jack, pues se había enterado que éste y el prisionero hablaban español.

Jack se volvió hacia el pequeño norcoreano.

—Te van a tratar con mano dura, hasta que es-

cupas todo lo que sabes —dijo sin alterarse, inmóviles los músculos del rostro.

Con mano dura. El coreano debía saber lo que aquello significaba. La cabeza le comenzó a temblar con ligerísimas vibraciones, igual a como tiemblan los vasos dentro de una alacena cuando cruza por la calle algún vehículo pesado, pero solamente la cabeza, ninguna otra parte del cuerpo. Era imposible decir si habría palidecido bajo aquel rostro lleno de barro y con la piel amarilla, pero sus ojos eran muy tristes, y cuando los cerró durante un largo instante —sin duda acopiaba fuerzas— se vio que los párpados eran casi transparentes, como los de ciertas aves espantosas.

No dijo una palabra. Desde aquí había comenzado ya, sin duda, el perro de Corea.

Entre Tom y el oficial de Inteligencia se estableció, desde un principio, una especie de telegrafía inalámbrica de sentimientos afines, secreta y llena de mutua confianza, como ocurre entre los catecúmenos de una misma religión o entre los adictos a una misma droga, que descubren de inmediato entre ellos, al primer golpe de vista, los signos comunes que los hermanan por encima de las diferencias de clase, de cultura e inteligencia. Ambos se habían sentido unidos, igualmente, por idéntica sensación de rechazo e incomodidad hacia Jack. Una cosa inaprehensible, una mortificación, cierto pudor colérico, ante aquel que no era de los suyos y al que, evidentemente, resultaba casi imposible obligarlo a participar en la tortura del muchacho comunista. Se adivinaba el rencor violento, lleno de agravio, que sentía Tom.

—Así que será pasado por las armas sin previo juicio —añadió el oficial de Inteligencia—, pero no sin que antes nos informe respecto a las cosas

que ha de saber . . .

Jack se mantenía rígido, en actitud militar, esforzándose por que no afloraran hacia el exterior ninguna de sus emociones, en particular el pánico que lo embargaba ante la idea de participar en la tortura del muchacho.

—El soldado permanecerá aquí conmigo —dijo el oficial refiriéndose a Tom.

Puesto en pie después de esto, el oficial miraba desde lo alto de su estatura unos papeles encima de su escritorio. Levantó la vista para clavar sobre Jack una mirada opaca a través del cristal de sus anteojos. Debía dormir muy poco este hombre, y sin ensoñaciones, pues era una mirada, no de cansancio, sino vacía, helada, de esas que no conservan, por dentro, la memoria de las imágenes. Unos ojos sin recuerdos.

—¡Usted, sargento, puede retirarse!

Sonaron tres nuevos disparos, tres perros muertos, el silencio de cuya muerte causaba una sensación inexpresable, atroz.

Jack había experimentado exactamente esta misma sensación en otros tiempos, durante la temporada en que estuvo en Phoenix City, un pueblo en la frontera entre Alabama y Georgia.

La dueña de la casa de huéspedes donde Jack se alojaba permitía que un negro sordomudo, que era una especie de mendigo, recadero y hacedor de todo en Phoenix, pasara las noches en el corredor de la casa, en el segundo piso, donde el pobre negro se acurrucaba en un rincón, sobre una yacija de harapos. La dueña se llamaba Mariquita Gutiérrez y la totalidad de sus huéspedes eran mexicanos —igualmente perseguidos—, por lo que nadie toma-

ba a mal que el negro sordomudo durmiera ahí por las noches.

Aquella vez Jack tenía una cita con una muchacha pelirroja que trabajaba en el *drugstore*, y que salía a la medianoche. Cuando a las 11.45 sonó el reloj despertador y Jack —que se había echado sin desvestirse— se incorporó sobre la cama para encender la luz, pudo darse cuenta de dos cosas: una, que se había interrumpido la corriente eléctrica, y otra, que no tenía fósforos.

Salió de su cuarto, y a tientas, palpando el barandal del corredor, llegó hasta donde comenzaba la escalera para descender a la planta baja. La oscuridad era impenetrable. Al llegar a este punto los pies de Jack tropezaron con el bulto de ropa sucia que, envuelta en una sábana, dejaba ahí la lavandera, cada ocho días, para recogerla a la mañana siguiente muy temprano. Jack quiso apartar el bulto con el pie, pero un movimiento falso —o la posición en que estaba, al borde de la escalera, no podría decirse qué— hizo que el bulto se precipitara escaleras abajo, rodando por los peldaños, sin embargo, con un ruido extrañamente sólido.

Jack descendió dos escalones y se detuvo de pronto con esa misma sensación de lástima atormentadora e insoportable, esta sensación de un remordimiento que llegaba hasta las náuseas, al no escuchar nada, una queja, un sollozo, un grito, nada. Aquel bulto debía ser el sordomudo, quien, tal vez borracho, se quedó dormido ahí, en lo alto de la escalera, en lugar de hacerlo en su sitio de costumbre. Jack sintió el impulso desazonante y angustioso de llorar, de pedir perdón, de hacerse algún daño a sí mismo, de sacarse los ojos ante lo monstruoso de ese silencio, de esa enloquecedora ausencia de protestas, donde no había ni un mínimo lamento si-

quiera, cualquier barboteo gutural, un gruñido de bestia, lo que fuera, menos este crispante no oírse nada, este inerte no emitir sonidos de ninguna especie: tan sólo el rodar del cuerpo humano vivo. Vivo, vivo.

Súbitamente la luz se encendió. En el último escalón estaba el cuerpo del negro, como amontonado, el rostro con un brochazo de sangre de la frente al mentón, vuelto hacia lo alto de la escalera, los ojos muy grandes, asombrados de terror, pero al mismo tiempo alegres de espanto, como si el negro bromeara y en seguida estuviese dispuesto a cantar, o a soltarse lanzando alaridos o fuese a juntar las manos, implorante, para arrastrarse de rodillas, perseguido, loco, pidiendo clemencia. Quién sabe qué expresión habría advertido en el rostro de Jack, pues de pronto, mientras éste bajaba las escaleras en su dirección, comenzó a negar con la cabeza, frenética, empavorecidamente, a tiempo que hacía esfuerzos por empujar su cuerpo y retroceder.

—¡Por Dios, negro! —sollozó Jack—. Si no quiero hacerte nada malo, nada. Pero debes curarte, debes dejarme curarte.

El negro parecía a punto de enloquecer, pues sin duda imaginaba que aquel blanco quería matarlo, o que no tardarían en llegar los demás para organizar el linchamiento, ya que aquella casa también era territorio de Alabama después de todo. Pero Jack sentía una necesidad ardiente, una necesidad inaplazable, de vida o muerte, de hacerse comprender por el negro, y seguía aproximándose, ahora con una cautela lenta, que intentaba darle confianza, pero que, al contrario, sólo sirvió para aterrorizar al negro hasta el paroxismo.

Al advertir este pavor prehistórico, extrahumano, anterior al hombre, que había provocado, Jack no

pudo más y abandonó al negro, apartándolo con violencia, después de maldecirlo con toda su alma.

“Si el norcoreano fuera sensato —pensaba Jack— debía decirlo todo, pues en fin de cuentas lo van a matar de cualquier manera. Pero si se obstina en conservar su actitud de perro de Corea, lo único que logra es prolongar inútilmente sus sufrimientos, pues tarde o temprano terminará por rendirse. Todo tiene un límite.” Bien. Sin embargo, eso era sólo una hipótesis, pues Jack ignoraba lo que habría pasado. Aunque, ¿qué diablos le importaba, en el fondo, lo que pudiera sucederle al coreano maldito? ¡Que reventara! ¿Por qué se preocupaba Jack a tal extremo?

Allí estaba Tom, frente a Jack, en posición de firmes, saludando militarmente. Jack sintió un fastidio doloroso.

—¡Tom, por favor! Podías acostarte ya, si al fin terminaste con la puerca tarea ésa.

Tom lo miraba con cierta superioridad amenazante. Bajó la mano con lentitud y sus músculos se distendieron mientras se sentaba en el catre, a los pies de Jack. “¿Quieres lucirte, eh? —pensó Jack—; ahora esperas que te haga preguntas porque supones que no puedo ya con la curiosidad. Te equivocas. No te daré ese gusto”.

Tom no apartaba los ojos de Jack, con una retadora impertinencia muy segura de sí misma, pero al mismo tiempo con esa cosa vagamente amenazante y superior. “Hasta un ascenso —se dijo Jack—, hasta un ascenso le habrán prometido.” Tenía ese aire de perdiguero. Lejos, se escuchó un balazo más.

—Maté uno en el camino —dijo Tom—, a la

entrada del campamento. ¿Han venido muchos esta noche?

Se refería a los perros. Jack observó que los nudillos de las manos de Tom estaban desollados, como si hubiera practicado largamente al *pushing-ball* pero sin guantes. La forma en que habría golpeado al prisionero. Lo sacudió un leve escalofrío y un odio. No quiso responder palabra a Tom. Las mandíbulas de éste se endurecieron y guiñó los ojos con crueldad.

—¿Qué hizo usted del carnet, mi sargento? —soltó a quemarropa.

Jack giró el cuerpo sobre el catre, volviéndose de espaldas como si se dispusiera a dormir.

—¡Déjame en paz! —dijo.

—Había un carnet —insistió Tom apretando los dientes. En el labio inferior una perfecta gotita de saliva bailaba con las palabras, sin caerse—. Lo vi con mis propios ojos. Un carnet del partido comunista.

Jack no hizo el menor intento por volverse, pero en sus ojos hubo un destello alerta, tenso y colérico.

—Lo habré perdido. No lo encontré en ninguna de mis bolsas. Vete a dormir, Tom.

—Ya no se trata de eso —replicó Tom con una osadía inesperada—, sino de que pongamos orden en este asunto, del cual puede usted salir malparado, mi sargento.

Jack rechinó los dientes. Había olvidado por completo el asunto del carnet —el haberlo arrojado a la cuneta de la carretera— y ahora esto amenazaba con volverse un lío gracias al imbécil de Tom.

Una mueca imprecisa se dibujaba en los labios de Tom.

—No pretendo que usted haya querido ayudar al comunista, mi sargento —dijo—, y tampoco he

denunciado el hecho, pero si el muchacho habla, a usted pueden exigirle responsabilidades.

Jack sintió que el estómago le daba un vuelco. Otra vez la sensación de los perros y del sordomudo. “¡Lo torturarán como bestias; lo destrozarán!”, se dijo con el mayor desamparo. Giró lentamente el cuerpo, incorporándose hasta quedar sentado en el catre con las piernas colgando. Su mirada se clavaba ahora con una intensidad incrédula y dolorosa sobre los ojos de Tom.

—¿Si el muchacho habla? —preguntó con una voz atormentada—. ¿Es que todavía no . . . , todavía no lo han torturado . . . ?

Tom escupió y luego su mirada pareció ensimismarse fija sobre el suelo, atenta a esa memoria inmediata y viva de cuanto había hecho y visto durante las últimas horas, a partir del momento en que entregaron al comunista.

—Es terco como una mula —dijo en una voz singularmente queda—, y lo poco que dice no hay demonio que lo entienda, porque el traductor coreano apenas si sabe inglés —empuñó la mano y plantándose ante los propios ojos la hizo girar en todos los sentidos, examinando sus desolladuras con rencor—. Me cansé de golpear los malditos huesos de su cabeza con el puño, así de refilón . . .

Indicaba sobre su propia cabeza, simulando en qué consistía aquello: un rápido, brutal frotamiento de los huesos del cráneo, con los nudillos de la mano empuñada. Sonrió.

—Lo aprendí con el instructor de la Legión Americana —el rostro de Tom parecía iluminarse con un orgullo nostálgico y distante—. Duele como todos los diablos y las huellas desaparecen rápidamente . . . Pero el miserable norcoreano ni siquiera se quejaba. Tuvimos que ensayar otras cosas un po-

quito más fuertes . . .

Jack le dirigió una mirada suplicante en la que ni siquiera había fuerzas para demostrar desprecio.

—Vete a dormir, Tom, déjame tranquilo —pidió con suavidad.

El soldado lo juzgó largamente, sin hacer caso a sus palabras, la expresión severa y admonitoria, a tiempo que su respiración se aceleraba con un ritmo patriótico y se abrían las aletas de su nariz, como si venteara la proximidad de una presa muy cercana pero invisible.

—No quiero aventurar nada, mi sargento —exclamó con una entonación cargada de sospechas—, pero el puerco norcoreano lo vomitará todo. Nadie va a creer lo que usted diga de que ese carnet se perdió o se lo llevaron los ángeles del cielo. Se sabrá la verdad: que usted quiso ayudar al hijo de puta comunista.

Jack se puso en pie de un salto, furioso, los ojos centelleantes.

—¡Firme, soldado! —gritó. Dos o tres de los hombres que dormían en la barraca medio se incorporaron sobre sus catres. Tom se había puesto tieso, los talones juntos y la mano rígida a la altura de la frente, ligeramente pálido. La fingida actitud colérica de Jack había dado sus frutos.

—¡Preséntese arrestado en la comandancia! —ordenó Jack.

El hombre permanecía sin moverse, la mano en posición de saludo. Jack hizo un rabioso movimiento interrogante, con la afectada impaciencia del superior.

—No será posible obedecerle, mi sargento. Desempeño una comisión del SIM, y vendrán por mí a las cuatro de la mañana —repuso Tom incommovible.

Sin responder, Jack volvió a tenderse en el catre, las manos bajo la nuca y los ojos fijos en el techo. Hubieron de transcurrir largos instantes para que el ordenancista Tom, inmóvil en la posición de firmes, se resolviera a decir unas palabras.

—¿Puedo retirarme, mi sargento?

Jack repuso con un gruñido de aquiescencia y entonces Tom se alejó hacia el fondo de la barraca.

“El norcoreano es más fuerte que ellos —pensó Jack—, se dejará matar sin que logren sacarle nada de nada”. Advertía que la imagen del mutismo del norcoreano ahora ya no le causaba angustia, sino al contrario, cierta tranquilidad reposada y apacible, pese a lo que tal mutismo representaba por cuanto a los tormentos físicos que el prisionero tendría que soportar aún. Aquella nauseabunda sensación de los perros y del negro que rodó por las escaleras había desaparecido por completo. Sus labios casi llegaron a sonreír, pero antes de que esto ocurriera el cuerpo se le contrajo bajo los efectos de la descarga de un miedo súbito, al apreciar de pronto, como en un relámpago, el conjunto del problema y darse cuenta de cuál era el origen verdadero de sus opuestas sensaciones.

Había experimentado aquella lástima viscosa y desazonante hacia el comunista, en tanto él, Jack, se creía un espectador separado de los hechos, no comprometido en ellos. Pero en cuanto esos hechos representaban un peligro, aquí ya no le importaba otra cosa sino que el comunista no dijera una sola palabra, así lo despellejaran vivo.

Ahora experimentaba miedo; todo lo demás se había apartado ante el miedo. ¿Y si el comunista se dejaba derrotar y confesaba que Jack hizo desaparecer aquel carnet con el fin de protegerlo? Sentía sobre toda su piel un sudor pastoso, como saliva.

Se sintió perdido sin remedio. ¿Cómo pudo ocurrírsele que existiera un solo hombre sobre la tierra capaz de resistir la tortura y no ceder ante lo que se le pidiera? Sencillamente imbécil. Porque con el norcoreano no tendrían escrúpulos de ninguna naturaleza, era un ser inexistente, sin nombre, un espía, algo idéntico en absoluto a cualquiera de los perros a los que cada noche se les mataba ahí en Corea sin que esto le importara a nadie. Iban a torturarlo con toda paciencia, sin prisas, como el estudiante de medicina que trabaja sobre el cuerpo de un muerto y secciona, amputa, corta, en la confianza de que puede hacer todo lo que necesite con ese cuerpo, hasta que ya no le sirva para nada y lo despache entonces al estercolero, en la misma forma como se haría con el comunista que ya desde este instante, desde ahora mismo, estaba muerto, era ya un viviente cadáver de anfiteatro sobre el que los verdugos ensayarían las más audaces ocurrencias de su ingenio.

—¡Lo necesitamos, sargento! —escuchó Jack una imperiosa voz familiar.

Parado junto a los pies del catre estaba el oficial del SIM, con sus ojos tristes tras de las gafas y aquella entonación distante, despectivamente fatigada, pero enérgica. Jack se puso en pie con la sensación de una caída, de que se hundía, de que iba descendiendo verticalmente, sin ningún apoyo bajo los pies, como dentro de un espacio sin límites. No estaba seguro de si estaría haciendo el saludo militar de ordenanza, no estaba seguro de nada. El prisionero comunista lo habría delatado, era indudable.

—¡A sus órdenes! —pudo musitar en virtud de quién sabe qué oscuro prodigio de la voluntad.

—Tendrá que acompañarnos para servir de intérprete en el interrogatorio del prisionero —se oía

la voz del oficial.

Su rostro entraba y salía de foco borrándose y precisándose indistintamente. Las piernas de Jack temblaban, pero la imagen del oficial terminó por fijarse con nitidez dentro de su campo óptico.

Servir de intérprete. Una sonrisa descansada entreabrió los labios de Jack. Ahora ya no importaba lo que el prisionero comunista pudiera decir bajo la presión de la tortura. Si el norcoreano hablaba de lo ocurrido con el carnet, a Jack le bastaría para salvarse con traducir aquellas palabras como cualquier otra cosa, la primer tontería que se le ocurriese.

—A sus órdenes —repitió.

Estaba de rodillas, rezando, la actitud ferviente y llena de monstruosa fe, arrebatado por una contrición abrumadora, la cabeza caída sobre el pecho de un modo total, la cabeza de alguien a quien un verdugo torpe guillotiné de mala manera y entonces aún pende del tronco, sujeta por alguna terca membrana, los cabellos sobre el rostro, caídos hacia adelante igual que las alas rotas, desmadejadas, de algún pájaro gigantesco y quieto, rezando, rezando para sí mismo, sin decir palabras, apenas nada más con una respiración increíble y sucia, envuelta en flemas y mucosidades.

Jack castañeteaba los dientes sin poderse contener: ahí estaba el comunista norcoreano, de rodillas, en aquel refugio contra bombardeos con paredes de hormigón, bajo la luz hirviente de un reflector de arco. Tenía las manos a la espalda, perfectamente atadas, en la misma forma que los tobillos, y una cuerda, bajo las axilas, que subía hasta el techo y ahí pasaba a través de una rueda metálica para terminar en la pared, atrás del norcoreano, amarrada a una especie de ménsula. Servía esta cuerda para mantener erguido el cuerpo del muchacho comunista y que no dejara de conservarse de rodillas, que no dejara de elevar sus oraciones a quién sabe qué deidad inclemente y solitaria, de rodillas sobre

una barreta de acero cuyas aristas se encajaban en sus huesos hasta la locura. Estaba desnudo.

En el primer momento la luz del reflector impedía ver quiénes estaban en la parte oscura del refugio de hormigón. “En cambio *ellos* sí pueden advertirnos”, pensó Jack, cuando, apenas habían entrado él, Tom y el oficial de Inteligencia, se escuchó una voz femenina, pero ronca y áspera.

—Lo desconcertante es que no se queja, teniente Morris —dijo la voz con sorda cólera acusatoria y llena de despecho, como si el norcoreano estuviese cometiendo el más grave de los delitos—; ni un quejido, y esto nos impide saber hasta qué grado sufre, o si no sufre en absoluto. ¡Es como para que cualquiera enloquezca de rabia con estos bastardos amarillos!

Poco a poco dos figuras se fueron precisando al otro lado del reflector. En efecto, algo que parecía una mujer con uniforme y un soldado. El teniente Morris no se alteraba: teniente Sidney Morris —con ese nombre se había presentado ante Jack cuando salieron de la barraca, pero solamente hasta entonces—, oriundo de Norcarolina y oficial del Servicio de Inteligencia.

—¡Tómelo con calma, doctora Jéssica! —se escuchó la voz del teniente Morris, una voz plana, sin emociones, paciente y resignada como la de un pastor religioso—. Sucede que estos tipos a veces se anestesian previamente, vaya usted a saber con qué yerbas o drogas, cuando van a realizar alguna obra de sabotaje, para que, en caso de caer en nuestras manos, puedan resistir cualquier interrogatorio, por más duro que sea. No me explico de otra manera cómo pueden soportar hasta estos extremos —en seguida la calmada voz pareció traicionarse con una inflexión de ira humillada—. ¡Ni quiero

explicármelo de otra manera! ¡Las ideas! ¡Bah!
¡Me cago en las ideas!

Se hizo un silencio largo. Sólo el arco de carbones del reflector dejaba escuchar su monorrítmico rumor de abejorro, junto al respirar del norcoreano, que parecía hacerlo como debajo de un lodazal.

—¿Verificó usted desde un principio, doc, si estaba o no bajo el efecto de alguna droga?

La voz de la doctora Jéssica: —Sí, en absoluto, teniente Morris. Lo verifiqué desde un principio, antes de que “comenzaran” con él. Ninguna droga, de ninguna especie. Pupila normal, sin dilataciones. Se hicieron todas las pruebas clínicas.

Ahora, cuando ya sabía que la voz era de mujer, esto resultaba para Jack fabulosamente sobrecogedor y desquiciado, como si estuviera en un mundo excéntrico, de lunáticos. La voz parecía a un mismo tiempo de hombre, de mujer y de niño. Sin embargo, aún no podía precisarse del todo la figura, que por lo pronto tan sólo era una masa negra con faldas.

—¿Y en este momento, Jessy? —el teniente Morris la llamaba así, e indistintamente doc, doctora Jéssica o Jéssica a secas, pero jamás se valía del tratamiento que debiera usar en consonancia con el grado de la mujer, que sería sin duda el correspondiente al que tiene un médico del ejército—. ¿En este momento el tipo está consciente o se habrá desvanecido? No me gusta nada esa respiración.

El espantoso sufrimiento del norcoreano no parecía importarle a ninguno de los presentes; no era sino un simple recurso para doblegar la voluntad del prisionero, pero, por lo demás, ellos podrían estarse ahí charlando sin mayor preocupación.

Jéssica entró en el campo de luz. Era una mujer obesa y fuerte, con unos senos gordos, y la cara ex-

traordinariamente ancha, los ojos abultados hasta no ser sino dos rayitas horizontales y una boca prominente de labios muy gruesos. Tomó al norcoreano de los cabellos y le hizo levantar el rostro con brusquedad, para, con el pulgar de la otra mano, abrirle los párpados y mirar el globo sanguinolento de los ojos. Después de esto le dio con la palma abierta en la mejilla una bofetada seca, fuerte.

—Sí —dijo hacia la dirección donde suponía al teniente—, el maricón de mierda está sin sentido —giró unos grados hacia otro punto, aquel donde estaba el soldado—: ¡Hey, Buck! ¡Apaga esa porquería de reflector!

La sombra de Buck se deslizó como una rata y en seguida, a tiempo que se apagaba, el reflector lanzó un chirrido muy semejante al que produce un hierro al rojo cuando se mete en un balde de agua. El refugio de hormigón quedó alumbrado tan sólo por una lámpara que pendía del techo y derramaba una sorprendente luz normal. Jack cerró los párpados y luego los abrió, para acostumbrarse al cambio.

Bajo aquella nueva luz todo se había enjutado, igual que una prenda de vestir de tela corriente después de lavarse por primera vez. Se trataba a lo sumo de un pequeño refugio, o una casamata o eso que se llama una “cueva de zorra”, un recinto subterráneo, estrecho y hermético. Hasta el cuerpo desnudo del muchacho comunista parecía haberse empequeñecido y era como un flaquito cuerpo infantil, anguloso, donde los huesos estaban a punto de romper la piel translúcida, endeble.

—Lo dejamos así, en esa misma postura, desde que yo salí de este lugar para volverme al campamento —Jack escuchaba las palabras de Tom casi sin comprender. No encerraban ningún juicio de

aprobación o de condena, limitándose a consignar un hecho simple y al parecer lleno de lógica. El muchacho comunista tenía ahí, de rodillas, más de cinco horas, con la barreta de acero triturándole los huesos. Visto con imparcialidad, uno de los tormentos más sencillos.

El teniente Morris aprovechaba esta tregua para hacer las presentaciones:

—La doctora Jéssica Smith, adscrita a nuestro Servicio de Inteligencia, y el sargento Jack Mendoza.

La mujer en esos momentos terminaba de llenar una jeringa para inyecciones que había tomado de su botiquín portátil. Empujó el émbolo hacia adelante y un chorrito en forma de arco brincó por la punta de la aguja, igual que un pequeño salivazo.

—¡Hola! —dijo sonriente, y sus ojos se fijaron en Jack con una mirada equívoca y calculadora. Sacó la lengua y la hizo circular en torno de los labios, con una intención cínica y groseramente alusiva a ciertas prácticas sexuales, a tiempo que le guiñaba un ojo, en la actitud de quien ofrece una complicidad obvia, descarada, ya resuelta de antemano y que no puede admitir dudas.

—¡Buck! —exclamó después de esto, volviéndose—. No tendremos más remedio que hacer descansar al fiambre.

El soldado Buck tenía una cabeza aguda, en forma piramidal, y cuando pasaba algo interesante no podía menos que abandonar su mandíbula, como si no le perteneciera y se hubiese olvidado de ella, abriendo la boca con expresión fascinada y estupefacta. No había entendido lo que quiso decir Jéssica y se limitaba a contemplarla con una admiración rústica, primitiva, por aquella forma en que la mujer había hecho girar la lengua sobre los la-

bios, una lengua gruesa, húmeda y móvil, igual que el dorso de un delfín cuando emerge ondulante entre las olas. ¡Ah! Estaba seguro que Jéssica haría lo imposible por acostarse con el sargento. A esa mujer no lograría satisfacerla sexualmente una división entera.

—¡Oh, Buck! —se quejó Jéssica, ahora con su entonación de niño, casi diríase que llorando por no habersele cumplido un capricho—. ¡Descuélgalo!

Se hablaba ahí del norcoreano en tercera persona, de un modo tácitamente convenido, lógico, que no podía ser de otra manera, como algo preexistente a lo que era innecesario dar nombre alguno: descuélgalo, levántalo, pégale, acuéstalo, amárralo, sacúdelo, pues en todo caso esa tercera persona no podía ser nadie sino él, ese cuerpo, esa cosa, ese objeto, que los había congregado en su torno para que exclusivamente se ocuparan de él, para que sólo pensaran en él, y él fuese todo su empeño, su tarea única, el único motivo de su atención y sus afanes.

Buck desató la soga que estaba amarrada a la pared, y fue dejando caer poco a poco el cuerpo del comunista con la cuidadosa, sacrosanta lentitud de quien arría una bandera; la desgarrada, la hollada y escarnecida bandera de ese cuerpo humano al que estaban obligados a torturar sin descanso.

—Lo único que hemos podido sacarle —dijo la mujer dirigiéndose al oficial— es que se llama Kim.

Había introducido la aguja en la nalga del norcoreano y ahora, vuelta hacia el teniente y como desentendiéndose de lo que hacía, empujaba el émbolo de la jeringa con el dedo pulgar.

—Kim, Kim —murmuró Morris con un aire lejano. No le gustaba participar en esta clase de interrogatorios, donde la tortura física era el instrumento principal para obtener datos. Limitábase a

entregar un papel a sus ayudantes —o a sus auxiliares eventuales, como hoy, en el caso de Jack— donde señalaba las orientaciones que debía seguir la investigación y las preguntas concretas que era indispensable formular al prisionero. Sin embargo, la lucha contra ese comunista le causaba un efecto enervante —y adivinó desde un principio que así iba a ser cuando Tom y Jack le llevaron al muchacho—, una especie de fascinación hipnótica, que lo había hecho venir al refugio varias veces en el curso de las cinco o seis horas que esto tenía de haber principiado. En virtud de un extraño proceso anímico, comenzaba a sentir un vago deseo enfermizo de que el comunista no se dejara derrotar, de que muriera sin decir una palabra, pero este deseo sacaba de sí mismo el impulso contrario —como el gato en persecución de su propia cola— y no se satisfacía sino a condición de insistir fríamente, por medio de torturas cada vez más crueles, en la rendición del comunista, con la rabiosa esperanza —en cierto modo ya desinteresada— de quebrarlo por completo o, igualmente, de que a la postre el victimado resultara victorioso.

—Kim, Kim —repitió el oficial de Inteligencia Morris, mirando el cuerpo desnudo del norcoreano que empezaba a sacudirse con pequeñas convulsiones vivas. Nunca se había encontrado frente a un enemigo tan tenaz —porque otros, cuando menos, gritan, aúllan, lanzan alaridos de loco—, ni nunca le llegó a suceder este hecho insólito de que se sintiera repugnante, turbiamente orgulloso de su víctima. Una sonrisa helada, llena de admiración, hizo temblar sus labios.

—¡Cierto, Jéssica querida! —dijo en una casca-beleante voz almibarada—. Kim es nombre coreano. ¡Cómo no! Pero también son las siglas rusas de

Komunishtishki Internatziionalnaya Molodiochi, es decir, Internacional Juvenil Comunista —su risa de pronto se volvió convulsa, histérica—. ¡El diablo del norcoreano les jugó una bonita broma! Desde luego que ése no es su nombre verdadero, como puede figurarse . . . ¡Para el estado en que se encuentra el infeliz, eso es saber conservar un sentido del humor inmejorable! —chasqueó los labios.

La obesa mujer se puso en jarras, retadora, la cara descompuesta, mientras vibraban como dos grandes masas de gelatina sus poderosas ubres. Algo quiso decir, pero no pudo, y se limitó a hacer un movimiento de airado rechazo con una de sus manazas.

—¡Bah! —resopló volviéndose hacia el coreano.

Kim se encontraba tendido sobre un costado del cuerpo, la mitad del rostro pegada al suelo y con el único ojo visible muy abierto, como si se tratara de un ojo de vidrio, el ojo grande, inmóvil, que un taxidermista sin experiencia habría colocado en una cuenca menor a su tamaño, mirando obstinadamente, con idiotizado sufrimiento, la superficie de hormigón del piso. Temblaba.

—¡Hey, sargento *Miendoza*! —gritó la mujer—. Según todas las apariencias, creo que ya puedes comenzar a *trabajar* con tu preciosa muchachita coreana —hizo un grotesco fruncimiento de labios, como si fuera a succionar alguna cosa y produjo el chasquido viscoso, chapoteante, de un beso soez—. ¡Tu linda putita!

Jack sentía la lengua tan seca como un pedazo de estopa con hollín. Esto no podía ser real, no. O más bien, era el infierno real, tal como es, sin llamas, sin plomo derretido, sin demonios, únicamente habitado por hombres, por hombres. Y él estaba ahí, con su cabeza, con sus manos, con sus piernas,

cobarde hasta la ignominia, tratando de salvarse.

El oficial Morris le dirigía una mirada de interrogante dulzura irónica, que el cristal de los anteojos parecía subrayar con la intermitencia lejana de ciertos destellos, como un faro que supiera que el naufrago no llegará jamás al puerto donde podría salvarse, un faro irónico y triste.

—No es nada fácil, ¿eh, sargento? —exclamó con una entonación piadosamente burlona, protectora—. Cuando no se hace como un placer patológico —aquí barrió con una veloz mirada furtiva a Tom y a Jéssica—, sino en cumplimiento de una obligación, se necesitan nervios de acero.

Pensaba, evidentemente, que Jack debía torturar *personalmente* al prisionero, acaso que tal vez le propinara un puntapié en el rostro. “Piedad, piedad, piedad. Ten piedad de mi alma, Dios mío”, se dijo Jack, aunque no creía en Dios. Hizo un esfuerzo tremendo para poder hablar. Tom no lo perdía de vista.

—Me parece que el prisionero hablará conmigo sin que sea necesario someterlo otra vez a . . . violencias físicas. En cierto modo somos algo así como compatriotas, y esto puede influir amistosamente sobre su ánimo . . .

El oficial adoptó una expresión seria, otra vez con el aire de tristeza fatigada y displicente.

—Inténtelo, sargento —caminó unos pasos y se detuvo—. Pero si fracasa, tendremos que volver a los métodos anteriores.

Una sonrisa punzante rielaba sobre esa glauca hendidura horizontal, entre los gordos párpados, que eran los ojos de Jéssica. Miraba a Jack con la alarmada ternura que las madres ponen al mirar a sus hijos cuando dan los primeros pasos. A continuación tomó una de las sillas de lona, de las que

había en el refugio, y la plantó rotundamente, con brusco movimiento, a escasos cincuenta centímetros de la cabeza de Kim, frente al inmóvil y espantoso ojo de vidrio.

—¡Siéntate, sargento! —exclamó al mismo tiempo que hacía un ademán entusiasta y triunfante.

Era lo que Jack anhelaba con todas sus fuerzas. Se dejó caer sobre la silla como un peso inerte. Dentro de su cerebro algo palpitaba furioso, cierta especie de reloj enloquecido que corría sin freno, igual a una multitudinaria avalancha de pequeñísimos caballos, tan diminutos como las hormigas. Ahí estaba el ojo de Kim, al alcance de la punta de su zapatón militar, el ojo de la Divina Providencia que perseguiría a Caín por los siglos de los siglos.

—¡Kim! Yo soy el sargento mexicano —dijo lentamente en español, la voz muy clara, separando las sílabas—, el que cantaba aquellas canciones mexicanas . . .

Esperó la respuesta sin respirar.

Trabajosamente, como si se tratara de mover a un muñeco mecánico, un robot de acero de esos cuya acción está fragmentada en secciones de movimiento, autónomas unas de las otras al parecer, Kim hizo girar su cabeza hacia el ángulo donde estaba Jack, en un transcurrir lento, infinitesimal, hasta poder mirarlo al rostro. El ojo de Kim tuvo un destello lejanísimo, como una lucecita en el fondo de una cueva.

—¿Me oyes, Kim? ¿Me entiendes? —preguntó Jack ansioso, con las manos húmedas de sudor.

Aquello pudo ser una sonrisa en los labios de Kim. Era imposible decirlo. Una contracción de la boca, simplemente, como bajo el efecto de un dolor agudo. Sin embargo, una sonrisa.

De no saber que era el mismo comunista que él

había hecho prisionero, Jack lo hubiera tomado por otro hombre, ahora que miraba su rostro de cerca. La máscara oriental de un anciano, de alguno de esos horripilantes dioses chinos o japoneses, la cara de un perro viejo o la de un leproso. Tenía las rodillas semejantes a dos inauditos soles color morado, hendidas por un grueso surco negro en el que los huesos estaban aparte unos de los otros, unas rodillas hinchadas como balones y de las cuales pendían, sueltas, sin gobierno, ya no suyas, las flaquísimas piernas de trapo.

—Mí oír, mí entender . . . —pudo decir Kim, en un soplo de voz, casi podría decirse uncioso, ritual, como el exordio de un confesor antes de oír los pecados del penitente.

Todos contemplaban la escena con una expectación sobrehumana, increíble. Aquel hombre era suyo, les pertenecía, era su creación, su obra de arte, que ahora cobraba vida, que ahora obedecía al mecanismo que se había creado para que obedeciera.

Jéssica no apartaba la vista de los labios de Jack, y sin abrir la boca jugaba dentro de ella con la lengua, abultándose las mejillas, acariciándose.

—¿Nadie entender tú y mí? —preguntó Kim con el aire sediento del náufrago que encuentra otro ser humano como él en la soledad infinita de la tierra—. ¿Nadie entender?

Jack procuró adoptar una actitud indiferente, destinada a los demás. Porque ocurre, en los momentos límites de tensión, de la más baja ignominia o de la más alta pureza, que cualquier idioma de los hombres se entiende, por más extranjero que sea.

—Habla con entera confianza. Ninguno sabe español, nadie nos entiende. Dime lo que quieras decirme. No te traicionaré.

Jéssica estaba fascinada, ebria de una voluptuosi-

dad llena de apremio, las aletas de la nariz sorda y angustiosamente palpitantes, igual que las branquias de un pez fuera del agua.

Kim hablaba muy quedo, sobreponiéndose al inimaginable dolor que soportaría.

—Kim morir comunista . . . Cuando tú encontrar obreros, tú decir conociste Kim: murió comunista . . . Murió buen comunista. Yo no hablar, yo no decir palabra mis verdugos . . . Kim decir viva partido comunista, viva China Roja, viva Corea, viva Unión Soviética . . .

Jack sintió que se ahogaba, que en su propia garganta se había interpuesto un extraño obstáculo. “¡Estos comunistas! —pensó—. No les importa nada de cuanto puedan sufrir . . . Lo único que les importa es . . . ¡quién sabe qué!”

El ojo de Kim parecía taladrar el duro piso de hormigón, igual que una barrena, fijo, penetrante, sobrenatural. El esfuerzo para hablar debió ser espantoso. Apenas respiraba, casi nada más como respira un batracio, húmedamente.

—¿Qué dijo? —en el semblante de Morris se retrataba una desilusión colérica, pues hubiera querido que el muchacho permaneciera mudo hasta su muerte. Desde este momento el caso había perdido todo el interés para él. En cambio por los labios de Jéssica se extendía una dulcísima sonrisa repugnante, ondulada y voraz.

Jack hizo un gran acopio de fuerzas para mentir con rapidez y serenidad.

—Dice que es comunista y que informará acerca de todo lo que preguntemos y él sepa si nos dejan a él y a mí solos.

Los velados ojos de Morris tenían una expresión de asqueado e insoportable aburrimiento.

—¡Okey, okey! —se encogió de hombros. Aque-

llo era un gran alivio. En toda su vida jamás había encontrado el teniente Morris un solo hombre que pudiera resistir la tortura. Kim también se había dejado vencer, no iba a ser la excepción. Se volvió hacia los demás con la mirada vaga y melancólica—. ¡Dejemos al sargento con su prisionero!

El oficial, Buck y Tom subieron por la escalerilla de hierro empotrada en el muro. Morris se detuvo en lo alto.

—¿Y usted, Jessy? —interrogó con fastidio.

La mujerona se encogió desaprensivamente.

—En fin de cuentas —dijo—, el hermoso sargento terminará por necesitar, tarde o temprano, de mis servicios para atender a su queridita coreana...

Insistía estúpidamente en hablar así —atribuyéndole el sexo opuesto al norcoreano—, con una delectación sucia y rampante.

Los hombres terminaron de salir, el último Tom, quien miró hacia Jack con un aire de resentimiento sordo y vencido. La trampa de acero se cerró, allá arriba, del otro lado de esta frontera de hormigón que separaba de un modo tan rotundo la existencia.

—Tú matarme por favor, mexicano —suplicaba el muchacho en un hilo de voz, igual que un niño enfermo—; Kim sufre mucho y tú hacer un gran servicio a Kim con tu pistola...

Jack temblaba de pies a cabeza. Quería vivir. Era imposible que matara al norcoreano porque Jack quería vivir. Si había inventado aquella mentira era tan sólo para descansar y que Kim también descansara.

Jéssica estaba inmóvil, una especie de coloso de Rodas femenino y también hombruno; en todo caso una materia orgánica no definida, hasta con pensamientos, pero que no pertenecía a la especie: el es-

labón inesperado hacia otra especie que ya había comenzado a poblar la tierra y que amenazaba seguirla poblando, con Jéssica como su arquetipo, como su futura reina de la belleza; un ser que se encontraba en todos los cuerpos de policía, en todos los campos de concentración, entre el personal de todas las cárceles de la tierra y al que tampoco podría acusársele de dar las espaldas al conocimiento y la cultura, pues Jéssica —los *jéssicos*, las *jéssicas*, así podría llamarse a esta raza que apareció en el siglo xx y que, por Dios, Jack esperaba que para el siglo xxi ya hubiera desaparecido— habría pasado por una limpia y orgullosa Universidad norteamericana y, ¡Cristo sea alabado!, poseía un título profesional.

—¡Jesus Christ! ¡Valiente hijo de puta que eres, sargento Jack Mendoza! —la mujer avanzaba hacia Jack con la pistola en la mano, apuntándolo, pero sin cólera. Jack aún no comprendía qué era aquello—. ¡No te muevas y pon las manos atrás de la nuca!

El ojo de Kim miraba con terror aquello, tan inesperado, que sucedía en contra de su único amigo. Comenzó —por primera vez— a gemir, ahora sí hundido en la derrota a causa de haber abrigado un rayo de esperanza que, al abandonarlo, lo dejaba peor que antes, en la más absoluta soledad, aun sin la compañía de sí mismo, de su batallador espíritu combatiente. Comenzó a barbotar en su lengua palabras de una entonación aguda cuyos monosílabos sonaban como cristales armoniosos y terribles, y que debían ser palabras de súplica, de miedo, de piedad, interrumpidas por sus aullidos de fagot descompuesto.

Después de quitarle los cartuchos, Jéssica arrojó la pistola de Jack sobre un montón de lonas impermeables que se veían en un ángulo del refugio. Luego que hubo desarmado a Jack se aproximó a Kim, agarrándolo brutalmente de los cabellos, hasta levantar la cabeza del muchacho unos cuantos centímetros del suelo.

—¡No llorar, *mojerzoela, potita cobarde!* —exclamó en español, sin odio alguno, más bien con una alegría espeluznante y desorbitada—. ¡Ahora tú *escopir*, comunista, tú *escopir* todo que tú sabes! —dejó caer la cabeza de Kim sobre el suelo, lo que produjo un ruido macizo y quebrado, para volverse en seguida hacia Jack, la expresión deliciosa, tranquila, pura a fuerza de una malignidad perfecta—. Mí saber *mocho* español —dijo jovialmente en tanto se dirigía hacia la cuerda amarrada en el muro—; mí oír todo que tú hablar con comunista y por eso mí quedarse aquí *contiga* muy *juntitas*.

Un desfallecimiento orgánico definitivo se había apoderado de Jack y su miedo era de esos que sólo se experimentan en las pesadillas, pero que en la vida real no tienen nombre. Ya no se recataba de temblar ante Jéssica y que ésta advirtiera el entrecocar ruidoso de sus dientes y ese baile autónomo, de marionetas enloquecidas, de sus piernas. Lo horrible era que, al mismo tiempo, estaba sonriendo con los labios y una risita lamentable, histérica, le salía de la garganta, sin que él pudiera hacer nada, nada en la vida, para evitar todo aquello. Nada en absoluto, pues había perdido la dirección de su propia persona. Tenía el aspecto de un idiota y luego esa risita aterrorizada y patética, que era lo más humillante del mundo, pero que Jack soportaba sin avergonzarse, sin dolerse de sí mismo, senilmente sin voluntad, abandonado. No pudo contenerse y

sintió que se orinaba, mojándose toda la pierna derecha del pantalón. Jéssica rió con naturalidad al observar el charquito a los pies de Jack, pero sin deseo de mortificarlo, amenazándolo con el dedo como a un chiquillo. Luego tiró vigorosamente de la sogá hasta izar a Kim cosa de medio metro sobre el piso.

Los alaridos de Kim se habían reducido a uno solo, que parecía ya no ser sino el ulular de un viento que corriera frenético a través de un caño inmaterial, descompuesto y sórdido.

—¡Tú ayudarme, tú ayudarme bien! —Jéssica sonreía y otra vez amenazaba a Jack afectuosamente con el dedo—. Yo más fuerte que tú, yo encargarme *tarrea ruda* y tu *tarrea* delicada, fina, *mocho, mocho* artística, verás . . .

Tenía el aire de quien va a sacar del horno el consabido pastel de manzana norteamericano y en seguida lo ofrecerá al esposo como un medio más de incorporarlo a la tibia ternura dulcemente doméstica del hogar. Abrió la tapa de su botiquín portátil y sacó un objeto circular, que era alambre de acero enrollado, un alambre fino, elástico, tan delgado como la cuerda de un violín.

Jack, entontecido hasta el vacío mental, la dejaba hacer, quieto e impotente, como si se le hubiera olvidado cómo poner en marcha el mecanismo que produce los propios movimientos.

Jéssica condujo a Jack hasta el punto donde Kim colgaba del techo, a medio metro del piso. La mujer había hecho una gaza en uno de los extremos del alambre, y ahora tomaba entre sus manos, con gran cuidado y delicadeza, los testículos de Kim para hacerlos pasar a través de la gaza. Ya que lo hubo logrado, tiró lenta, quedamente, hasta ceñirlos, muy bien ajustados, por la parte superior del

escroto, y luego tendió a Jack el otro extremo del alambre. Ahora Jéssica tenía la impresión responsable, severa y concentrada de la mujer de ciencia que trabaja en su laboratorio.

—Tú tirar de aquí, del alambre, y yo tirar de ahí, de la cuerda. Si tú no tirar, tú ser comunista y tú estar luego en lugar donde está Kim —naturalmente la mujer se empeñaba en hablar español sólo para que el norcoreano comprendiera de lo que se trataba, pues esto era parte en la preparación psicológica de cualquier tortura.

Jack podía arrojarse encima de la mujer y destrozarle el rostro a patadas, arrebatarse la pistola y matar a los dos para dispararse luego un tiro en la sien. Pero era imposible, era imposible. Para Jack era imposible porque le habían arrebatado ya su condición humana. De aquí en adelante podía ser todo lo que quisiera, menos un ser humano.

Comenzaron a torturar a Kim entre los dos, y aquello se prolongó durante minutos increíblemente largos de acuerdo con el cómputo del tiempo que ha de regir en el infierno.

Pero de pronto el rostro de Jéssica se puso rígido, los músculos inmovilizados, en trance, los labios trémulos, blancos como si estuvieran hechos de gis. Avanzó hasta donde estaba Jack, aproximándosele al extremo de que éste sentía, sobre su propio rostro, la respiración brutal, los resoplidos feroces que salían, como golpes, por las ventanas de aquella nariz zoológicamente palpitante de la mujer.

Había en la actitud de Jéssica cierto aire litúrgico, cierta bárbara y estremecedora religiosidad interna, como un río sagrado y podrido que arrastra por el fondo del abismo amadas y repugnantes deyecciones, queridos esputos asquerosos. Si Jack hubiera cerrado los ojos, la voz de Jéssica le habría

parecido la cálida voz intocada y pura de una muchacha en el campo, oída en una transparente tarde estival, una inquieta voz de adolescente trémula, llena de apremios y de estremecidas avideces.

—¡Quiero acostarme contigo, Jack! ¡Necesito acostarme contigo, ahora, aquí, en este mismo instante! El haberte visto tirar de sus testículos me ha excitado hasta la desesperación.

Sus dedos gruesos y espantosamente masculinos hurgaron entre las piernas de Jack con la habilidad de un experto carterista.

El roto fagot de Kim llenaba el refugio con su única nota terca, larga e ininterrumpida. Jéssica inspiraba un horror sagrado, el horror ancestral de la especie ante lo monstruoso, ante lo perverso indecible. Jéssica ahí, suplicante e inerme, era un triste y nauseabundo monstruo, solitario, abandonado.

Nunca se había presentado una ocasión más propicia para obrar. Bastaba con que Jack golpeará con todas las fuerzas de sus pies el inmundo vientre de la puerca mujer, al mismo tiempo que le arrancaba la pistola de su funda. Pero no podía, no podía.

—¡Sí . . . ! —musitó Jack desfallecido e íntimo, como en un rezo demoniaco—. Nos acostaremos ahora mismo, con la condición de que mates a Kim . . .

Aquella rayita en los párpados de Jéssica se abrió con vivacidad, con una chispa activa, alegre. Movía la cabeza de un modo cómico y repetido, en signo de aceptación. Echó en derredor del cuello de Jack un brazo tan grueso como lo es un muslo en cualquier otra mujer.

—Le aplicaré una carga de insulina, con lo que tendrá lo bastante para no regresar jamás a este cochino mundo; una dosis que lo hará danzar un buen

rato, antes de que el hijo de perra muera con uno de los sufrimientos más enloquecedores que ha inventado la noble ciencia médica . . .

Jack no tuvo fuerzas ni siquiera para pedirle a la mujer que, cuando menos, permitiese a Kim morir sin sufrimientos.

Ya había traspuesto el límite.

Ya estaba al otro lado de los hombres.

PALABRAS FINALES DEL AUTOR

. . . Y si ya no volví a ver a Jack jamás fue sencillamente porque escapó.

Escapó en ese sentido absoluto en que alguien escapa a un escritor, no porque éste se vea impedido de seguir una pista, recrear situaciones o documentarse respecto a un sujeto humano con quien se encuentre, sino porque Jack no podía permanecer prisionero dentro de un relato novelístico o dentro de no importa qué narración de cualquier género. Su límite era estrictamente real, circunscrito a nuestro encuentro en aquella taberna de Tijuana donde lo conocí. Más allá de esto y de lo que él mismo me contó, era imposible inventar a Jack, trastocarlo, hacerlo seguir uno u otro camino, y mucho menos imaginarle un desenlace de acuerdo con un gusto ni con una tesis preconcebidos.

Ahí estaba Jack, ahí está, sin que yo pueda saber nada de lo que habrá sido su fin, su destino, el derrotero de su vida.

Marjorie y Bob Mascorro —cuyos nombres casi son los mismos que ellos tienen en la vida real— representaron en la existencia de Jack lo único que podían representar, y tampoco el papel que desempeñan en el relato que antecede se desborda fuera de sus límites propios.

Era imposible ir más lejos sin incurrir en una

ficción amañada, ajena a los personajes y a sus vidas, con todo lo que esas vidas tienen, en la existencia práctica y concreta, de bondad, de maldad, de grandeza, de perversión, de amor y de odio, y cuya verdad jamás puede traicionarse, en bien de la verdad misma de todos los seres humanos que, a pesar de todo, caminan hacia adelante.

Marjorie y Bob —amigos entrañables con quienes conviví algún tiempo— significaron para mí ese tipo de gentes sanas, limpias, puras en el sentido menos moralizante —o en absoluto nada moralizante— del término, que representan a los millones de hombres y mujeres sobre quienes descansa la tarea de construir un mundo mejor para quienes lo habitamos y para quienes lo habitarán en el futuro. Yo, como camarada de Bob y Marjorie, estaba preparado ideológicamente para recibir, valorizar y agradecer la influencia que sobre mí ejercieron. Jack, a su modo —y lo hemos visto—, también recibió esta influencia, y sin duda el hecho habrá significado algo, si no es que mucho, en el desarrollo de su vida ulterior.

A Bob —cuando este relato llegue a sus manos— quiero testimoniarle el afecto que le guardo por el orgullo que me hacía sentir al tratarme como a uno de sus iguales, como a un buen obrero, cuando incidentalmente trabajamos juntos en el mismo departamento de la fábrica donde él trabajaba entonces, en Pasadena, ciudad de Los Ángeles.

Obras Completas de José Revueltas

Obras literarias

1. Los muchachos y la guerra
2. El hijo humano
3. Los días serenos
4. En algún valle de México
5. Los motivos de la vida
6. Los errores
7. El apando
8. Dios en la tierra
9. Dormir en tierra
10. Material de los sueños
11. Las cenizas (obras literarias póstumas)

Imprenta Editorial S. A. de C. V.
Avenida 107, 06810 México, D. F.
20-111-1964
Edición de 1 000 ejemplares

Obra literaria

1. *Los muros de agua*
2. *El luto humano*
3. *Los días terrenales*
4. *En algún valle de lágrimas*
5. *Los motivos de Caín*
6. *Los errores*
7. *El apando*
8. *Dios en la tierra*
9. *Dormir en tierra*
10. *Material de los sueños*
11. *Las cenizas* (obra literaria póstuma)

Obra teórica y política

15. *México 68: juventud y revolución*
16. *México: una democracia bárbara*
17. *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*
18. *Cuestionamientos e intenciones*
20. *Dialéctica de la conciencia*

Obra varia

21. *El cuadrante de la soledad* (y otras obras teatrales)
22. *El conocimiento cinematográfico y sus problemas*
23. *Tierra y libertad* (guión cinematográfico)
24. *Visión del Parícutín* (y otras crónicas y reseñas)
8. *Dios en la tierra*
9. *Dormir en tierra*
10. *Materia de los sueños*
11. *Las cenizas* (obra literaria póstuma)

Los motivos de Caín es un texto singular dentro de la obra de Revueltas. En este documento, el autor consigna los motivos que tuvo Jack Mendoza, sargento del ejército norteamericano, para desertar a México, donde Revueltas lo conoce fugazmente y lo escucha. La guerra de Corea ha enfrentado a Mendoza a un prisionero comunista que sufre heroicamente la tortura. Supliciado y sargento son ambos de ascendencia mexicana. Uno muere, el otro se hace desertor. La anécdota es casi banal. Sin embargo, Revueltas escribe algunas páginas tan extraordinarias como las de sus mejores novelas.